

EL ORGASMO ES MÍO PORQUE DIOS ME AMA

(una reflexión en torno a la posesión y la conexión)

Por Néstor Tato

(Esperaba aportar una versión definitiva, pero me interesa hacer un aporte que abra el intercambio sobre un tema que parece ser tabú, aunque sea elemental para nuestro Trabajo. Por la extensión, ya pide ser un libro, parece. Se complementa con uno anterior, sobre el enamoramiento y otro todavía en la cocina, sobre algo así como Erótica. Ojalá pueda completarlo con comentarios.)

La matriz biográfica de mi punto de vista

Como las cosas no se entienden cabalmente sin explicitar la raíz biográfica del observador¹, es justo consignar que todo esto resulta de mi experiencia de vida, de un cuestionamiento constante sobre la sexualidad y de un largo período de reflexión sobre la cuestión de la violencia de género que comenzó hace más de diez años en torno al aborto. Creyendo haber desculado las claves sociales del problema, me quedó la intriga por entender cómo “castra” el sistema a las mujeres. Cuando terminé de redondear este texto, caí en cuenta que no podía entenderlo porque ése, justo, era mi problema. Formado por mi madre, me inculcó lo que se espera de una mujer y no de un varón. Y eso no coincide con lo que las mujeres esperan de un hombre.

La condición que se puede relevar fácilmente en el imaginario femenino –quizás ya no en las nuevas generaciones, espero– es que el sexo se practica sólo por amor. Porque tiende a procrear, porque tiende a “completarse”, porque... tantas razones que se sintetizan en la alegoría del Príncipe Azul. Como en el aspecto de la relación con mujeres (el único, porque no podía salir “desviado”) fui criado como una mujer, tengo que querer a mi objeto sexual para poder actuar mi deseo porque de otro modo sería un “aprovechado”, un macho que sólo busca satisfacer su instinto, que no ve en las mujeres más que “un cacho de carne con ojos”, ya que no sería una “puta” por ser varón (curiosamente, los chilenos tienen para el varón la misma expresión –“puto”– en igual sentido, no en el que le damos en Argentina –homosexual). Pero no sólo éso sino que más grave aún, *ella* tiene que quererme. De modo que si se da una ocasión de sexo puro y simple, una sana atracción espontánea, la sensación de no ser querido, por tanto de ser usado para su mero placer, me inhibe. Chicas ¿les suena conocido?

De no haberme formado una mujer, para romper la monotonía de la sexualidad “estadística” de la pareja me habría quedado el recurso de la infidelidad. Pero la infidelidad, cuando uno está en pareja excluye la posibilidad de querer al objeto del deseo. Como tengo sólo un corazón no puedo querer más que a una persona. Así que si me enamoro de una mujer que no es la mía, no es posible que siga queriéndola. Fueron estas contradicciones de base las que me permitieron comprender los enredos del tema.

Pero ¿qué es lo que se enreda? Imágenes, sólo imágenes, pero ¿qué imágenes?

Primero vayamos reconociendo el terreno. Las imágenes están “en la cabeza”, son internas al cuerpo. Guardan una íntima relación con mi estado interno. Tan transparente es mi estado interno que no lo advierto hasta que me violenta, hasta que la contradicción interna llega a su punto extremo. Así que será útil precisar el ámbito que le corresponde a mi experiencia cotidiana, más acá de que tantos años de trabajo me hicieron creer que estaba superado.

Por fin, una advertencia obligada y metódica: aún las que intentan ser descripciones de las vivencias de mi dinámica interna, *son mías*. Si uso un estilo “objetivo” es sólo por motivos coloquiales. Sobre todo cuando esbozo supuestas explicaciones de fenómenos sociales, hay que entender que se trata de figuras alegóricas que, en términos de su aplicación a casos concretos, no tengo la menor idea de cuánta extensión tienen. De todos modos, las teorías de las llamadas ciencias sociales también son alegorías concep-

¹ Ortega y Gasset en su “*Prólogo para alemanes*”, *pgfo. 1*, Obras completas, t. VIII, dice: “...es dañoso para el autor que el lector no le conozca.” Más adelante: “...eso que solemos llamar ‘ideas’, ‘pensamientos’, no existe; es una abstracción, una mera aproximación. La realidad es la idea, el pensamiento de tal hombre.”... “...ideas referentes a auténticas realidades son inseparables del hombre que las ha pensado -no se entienden si no se entiende al hombre, si no nos consta *quién* las dice.”

tuales basadas en estadísticas realizadas en base a muestreos, de modo que tampoco son mucho más precisas que mis figuras alegóricas. Éstas apuntan más a la comprensión de los fenómenos descriptos que a su explicación precisa, buscando imágenes que sirvan para la captación del fenómeno desde la realidad de cada uno.

La realidad social sólo puede ser *conocida* a través de la *imaginación*, que por ser representación también pertenece al reino de la *fantasía*², aunque se la tilde de ciencia. En términos del conocimiento clásico que pretende la objetividad, ésto es una paradoja: la realidad social no puede ser conocida sino a través de una representación de lo que se pretende conocer, esto es, que lo real -por inabarcable- debe ser imaginado. Aún cuando se pretenda hacer una representación precisa de la realidad mediante el uso de herramientas estadísticas, éstas se basan en muestreos que no abarcan la totalidad de la población involucrada. O sea que sí: las construcciones que nos brindan como teorías de la realidad social son fantasía.

Los estados internos

*“1. El primer estado, en el que prevalece el ‘sin-sentido’ (aquel que mencionamos al comienzo) será llamado ‘vitalidad difusa’. Todo se orienta por las necesidades físicas pero éstas son confundidas, a menudo, con deseos e imágenes contradictorias.”*³

Siempre pasé por alto esta descripción porque me parecía obvia. Ahora que la busqué para transcribirla, la leo y encuentro que trae la clave de la vida cotidiana. Me parece necesario destacar el hecho que menciona: en este estado, mi vida, la dirección de mis acciones, está determinada por las necesidades físicas. Así planteado, no parece que pudiera haber conflicto interno. Sí, externo, porque si tengo una necesidad sólo tengo que satisfacerla, y el problema se plantea con la posibilidad de contar o no con los recursos. Si tengo hambre, busco comida; si no la encuentro, tengo un problema. Si necesito evacuar, busco un baño; si tengo sed, agua; etc. No parece que pueda tener conflicto con la dirección de mi acción. Está marcada por el objeto que puede satisfacer mi necesidad. El problema parece plantearse sólo afuera, si no tengo o no puedo obtener el objeto.

Pero la frase nos anuncia una fuente posible de conflicto: las necesidades *son* confundidas⁴ — con deseos e imágenes contradictorias.

Si interpreto la frase desde un punto de vista lógico, no parece haber más de dos posibilidades:

1) que haya deseos contradictorios e imágenes contradictorias; este punto parece posible desde que la lógica concibe que si existe A, también puede ser no A. Ahora, si bien está claro en la experiencia que puede haber imágenes contradictorias, no me queda tan claro que pueda tener deseos contradictorios, y esto tiene que ver con la segunda posibilidad

2) que haya deseos que sean contradichos por imágenes. Si deseo algo de manera clara, no reconozco en mi experiencia que pueda desear lo contrario, de modo que me inclino por la interpretación que ve en la frase una referencia a deseos e imágenes que los contradicen.

Aquí se plantea una cuestión mecánica que merece hilar más fino, pero desde ya se puede adelantar que está planteando la falta de adecuación entre la percepción de la necesidad y la representación del objeto que la puede satisfacer.

Las marejadas del sentido

Una larga tradición del pensamiento supuestamente acuñada en Aristóteles⁵, busca una visión “objetiva”

² En la misma obra citada, pgfo. 3, Ortega y Gasset señalaba ésto: “Inclusive lo que se llama pensamiento científico no es psicológicamente sino una variedad de la fantasía, es la fantasía de la exactitud”.

³ Silo, *La Mirada Interna*, cap. XIX, *Obras Completas*, T. I.

⁴ Si bien el texto indica que “a menudo”, o sea que insinúa que no siempre se confunden, cabe preguntarse si no se trata de una delicada consideración del autor para con el lector.

del mundo. El criterio de la verdad como “adecuación del intelecto a la cosa” o sea, que el objeto conocido esté fielmente representado por el intelecto, implica “limpiar de maleza subjetiva” al conocimiento. Para ello, considera la cosa en estática, pierde de vista la dinámica de las situaciones y en especial, de la situación global.

El mundo es un conjunto inconmensurable de cosas y seres vivientes pasibles de ser estudiados y clasificados. Sin embargo, sobre esa base incuestionable (porque lo material concreto no debe ser obviado jamás⁶) la aparición de la conciencia impuso un nuevo nivel, el de la realidad. Un materialista diría que la realidad es justamente ese plano concreto. Pues no, es lo humano lo que trae consigo la realidad de la realidad. Antes, cuando sólo era lo concreto, la realidad no existía como tal.

Sin conciencia no podía haber realidad en el mundo porque no había *para quién* ser real. El sentido de realidad es eso: sentido. Con la conciencia advino el sentido al mundo y el mundo se volvió mundo para esa conciencia que lo *pesaba*.⁷ Un manto de realidad cubrió las cosas y transformó su misma sustancia: comenzaron a ser⁸.

He aquí otra vez el objetivismo “congelador”⁹ que se cuele. Por la necesidad de “ver” el objeto se busca alegorizar, ofrecer a la percepción una figura de lo que, en principio, es imperceptible. Ningún manto hay, nada quieto es el sentido. Más bien es un océano con sus corrientes y contracorrientes, sus mareas. Desde otro punto de vista, el sentido “es” lo imaginario¹⁰. Es como la propiedad de espín, la alternancia de luz y

⁵ Digo “supuestamente” porque le endilgan la responsabilidad de haber creado el objetivismo como estructura previa de la mirada que impone una visión estatizante del mundo. Ésta resulta de comenzar por preguntarse “¿qué es?” la cosa que me interesa conocer, sin atender a *cómo* es, separándola de su proceso, su ámbito, y los elementos con que se relaciona. La consecuencia inmediata de esta actitud es la paralización de la cosa en la visión, perdiendo de vista el fenómeno en su conjunto. Sobre todo su dinámica, que no es sólo la de la cosa sino la de la situación en que está inserta. De todos modos, el objetivismo tiene un fundamento en la fuerza incuestionable de la percepción y la focalización espontánea de la mirada.

⁶ En realidad, la clave de toda experiencia es su arraigo en lo perceptual, ancla y norte de la misma. Lo perceptual nos da la materia concreta: sin sensación, no hay materia. Podrá decirse que esto contradice la dirección trascendental de nuestro trabajo. No lo experimento así ya que la ampliación de la conciencia conlleva la de la percepción y, con ella, la clara percepción de mi presencia, la del observador que va mutando según los distintos emplazamientos del punto de mira, que es, en todo caso, la finalidad del trabajo.

⁷ No hay error tipográfico. El pensar pesa las cosas, las sopesa, evalúa, mide posibles acciones (eso que llaman razón). Además, pesar es la primera acepción del verbo *penso* (v. Dicc. Vox, latín-español).

⁸ Siendo que mundo es lo percibido, lo que censamos con los sentidos, este ser cubierto debe entenderse como un fenómeno psicológico que Silo explica con claridad: “La sensación entonces invade el campo de la memoria, invade el campo de la imaginación. La sensación cubre todas las posibilidades de esta estructura que experimenta el dolor. Todo está trabajando con sensación y con algo que experimenta, con algo que registra esta sensación. Se llame ya más detalladamente, sensación propiamente tal, se llame memoria, se llame imaginación, *siempre la sensación está a la base*; la detección de un estímulo está a la base y algo que registra ese estímulo está en el otro punto, en el otro extremo de esa relación.” *Apuntes de psicología, II*, Obras completas, T. II. La negrita es mía.

⁹ Esta alegoría alude a la congelación del objeto que opera el pensamiento para poder *entenderlo*. Ver Silo, *Fundamentos del pensar*, en *El pensamiento de Silo sobre el pensar y el método*, Ed. del País, 2017. En este punto es cuando el “entendimiento” se hace claro visualmente. Cuando hablo de “entender” algo, estoy diciendo “ponerlo delante” en la representación para poder verlo, porque el “tenerlo delante” en la percepción es variable, sobre todo cuando se trata de situaciones o fenómenos dinámicos. El objetivismo no es un pecado intelectual ni una forma de ver las cosas que ha pasado de moda. Es, simplemente, el funcionamiento espontáneo de la conciencia. El objetivismo obedece a la dinámica perceptual espontánea. Las cosas “están ahí”, así se presentan, aparentemente independientes de mí, del observador.

¹⁰ En su *Institución imaginaria de la sociedad*, T. II, Cornelius Castoriadis plantea la visión de lo social-histórico como un *magma* en el que se diluyen las identidades individuales. En su *La logique des magmas et la question de l'autonomie*, en *Les carrefours du labyrinthe, II*, Ed. du Seuil, plantea la relación entre lo psíquico y lo social-histórico y ve a éste como un magma que tiene una lógica propia, contraria a la lógica identitaria que dominó la visión filosófica hasta el presente. Como su hilo conductor -la representación que lo guía- es lo imaginario, comprendo que llegara a esa visión desde la imagen de un imaginario colectivo que por necesidad de conceptualización aparece como separado de la imaginación radical, que es la dinámica humana como productora de imágenes que reproducen los contenidos elaborados y “archivados” en el imaginario colectivo. La imaginación radical designa esa dinámica pero teóricamente no es más que un momento del devenir global de lo social-histórico, actualizado/reproducido/renovado en cada conciencia individual. Tratando de sintetizar esa visión: ese imaginario colectivo somos todos y cada uno en su asimilación/reproducción/renovación que cada uno produce con su ser individual, ser que es una dinámica *imaginante*.

energía que describe Hawking¹¹ en las partículas. Como contraposición a lo natural, que es lo dado concreto, aparece el sentido, que sólo existe para lo humano pero determina radicalmente la dinámica del universo al tratarse de un elemento transformador. El sentido es lo posible, lo futuro, y se plasma en imagen. Pero esa imagen sólo es perceptible para lo humano, al igual que el sentido. Pero su acción se puede advertir aunque no se perciba la imagen.

Provisoriamente se puede decir que imagen es la forma, la figura del mundo para el pensador, y el sentido es eso: lo sentido, lo que brota del aparato de sentidos al detectar lo externo. Esa imagen que figura el mundo puede ser compartida con cierta fidelidad, sin mayores modificaciones, porque se puede plasmar externamente, en un dibujo por ejemplo. Pero el sentido sólo puede ser nombrado –si es posible hacerlo. Nunca será fielmente transmitido porque depende del pensador que lo recibe e incorpora a su “masa” imaginaria, que es la que codifica los sentidos para él, reproduciéndolos y conservándolos.

La dinámica imaginaria

Mi experiencia es una dinámica imaginaria. Para comprender esto es necesario recordar que son imágenes tanto las sensaciones que producen los sentidos como los recuerdos que entrega la memoria y las expectativas a futuro que, como lo más constante en términos vivenciales, se presentan ensambladas en los ensueños y fantasías que me “envuelven” en todo momento.

Es posible reducir la dinámica psicológica al circuito elemental: percepción/representación-respuesta-percepción de la respuesta y nueva percepción/representación.¹² A esto hay que agregarle un tramo: yo. Yo voy surgiendo (me constituyo) en la realimentación que el sentido interno hace al percibir que respondo, y quedo formando parte de la imagen de la respuesta, que incluye el estímulo que la disparó, bajo la forma de objeto como término (destino) de mi acción.

Esto *se vive*. Lo único descriptible es que “me pierdo” en el objeto que capta mi atención para disponerme para la acción. Se puede explicar a partir de la teoría de los impulsos: la masa de impulsos del objeto-estímulo que se convierte en punto de aplicación de mi acción, al producirse ésta, suma los impulsos de realimentación que produce la percepción de la misma. Estos impulsos de realimentación son, como toda sensación, una señal. En este caso la señal indica que “aquí hay algo”, más acá del objeto, en un “entre” el objeto y la sensación interna del cuerpo. Un “algo” que “es” la acción pero no es *sólo* el cuerpo. Esa sensación difusa soy yo. Esa mezcla de impulsos del objeto-situación y de mi acción, es lo que sirve de base a la identificación. Merced a ésta, cuando hago “me pierdo” en lo que hago. El objeto-situación ocupa todo el campo de presencia con su estimulación y yo no soy más que un hacer referido a él. Me “veo” por instantes, en sentimientos, decisiones rápidas, tenues movimientos internos que hago mientras “le” hago al objeto.

La observación sostenida, el ejercicio de la atención dirigida, me lleva progresivamente a diferenciar “esta” masa de impulsos internos (la que da cuenta de mi actividad) de la de los externos y así, puedo comenzar a deslindar la percepción de mí y su curiosa dinámica, de la dinámica global de mi experiencia.

La dinámica intencional “me” lanza hacia los objetos y, adhiriéndome a ellos mediante la identificación, me entreteje con el mundo. Así, soy lo que siento y a partir de esa base, lo que recuerdo, y lo que imagino. “Soy” distintos complejos imaginarios organizados en torno al objeto-situación que me estimula. La sensación de mí, la señal de que esos complejos vivenciales, de representaciones y sensaciones, se dan en mí, es lo que sirve de cohesión a la imagen de mí. Es lo que me permite reconocer que esas vivencias, aún cuando sean contradictorias, “me pertenecen”.

¹¹ En *Breve Historia del Tiempo*, p. 65, Stephen Hawking explica las partículas con la figura de una peonza que gira sobre sí misma y tiene una propiedad, el espín, que ofrece dos “caras”. Al girar alternativamente se lo puede concebir como luz o como energía. antroposmoderno.com/word/

¹² “Aún cuando en un circuito elemental como el del reflejo, en un arco reactivo corto llega el estímulo y sin ninguna voluntariedad sale la respuesta, aparte de ponerse en marcha una respuesta, inmediatamente se ha generado una imagen que está produciendo también su efecto. Así es que siempre va acompañando a la sensación, el surgimiento de una imagen. Y lo que moviliza en realidad las actividades no es la percepción, sino la imagen.” *Apuntes de psicología*, II, El sistema de detección.../Imaginación, silo.net, p. 76.

Estos complejos imaginarios no siempre son coherentes, no siempre son compatibles entre sí. En ellos hay un componente de representación y una “carga” de sensaciones y sentimientos¹³. Lo representado es casi siempre una figura del mundo externo. La carga es interna y la puedo vivenciar como una masa o energía que “bulle en mí”. Pero no sólo ese material integra el complejo imaginario. Está el elemento conectivo, movilizador, que es la parte de la imagen de mí que se corresponde con las partes del cuerpo comprometidas en la acción que proyecto. En ese complejo imaginario que me moviliza hay una porción (vasta, por cierto, tanto como mi cuerpo) de sensación interna que se corresponde con partes del cuerpo y son la clave del movimiento. Si esa imagen no se emplaza adecuadamente, la acción no se produce porque no se mueve el cuerpo¹⁴ o se desproporciona porque se produce alterada o ineficazmente.

A veces puedo percibir que esa sensación de mí se proyecta “hacia el mundo”, esto es, hacia la representación que de él tengo, y se ubica en la periferia de mi espacio de representación, orientándome hacia la situación representada. Esto permite comprender la íntima vinculación entre *dirección* y *sentido*. *Todo sentido genera una dirección y toda dirección genera un sentido*.

Toda carga moviliza en dirección al objeto con el que quedó asociada en memoria, que no necesariamente es el que la produjo. De modo que todo sentido genera una dirección. En el caso de las compulsiones, percibo el objeto (aún cuando no lo haya elegido) y se produce la respuesta automáticamente. Si el objeto no se hace presente porque ha sido disociado en un momento posterior a la grabación originaria, la dirección que imprime su sentido sigue operando produciendo la respuesta inesperadamente frente a situaciones asociadas con el objeto originario (caso frecuente de los miedos inexplicables). Mientras no se asocie la carga con el objeto originario no se produce la catarsis, no se desvincula el estímulo y la respuesta sigue dándose sin control del sujeto porque las tensiones profundas que movilizan, permanecen constantes¹⁵. Esa falta de plenitud en la descarga se debe a que las zonas comprometidas por la tensión no son alcanzadas por la onda catártica debido al bloqueo de las mismas. Como son fuente de dolor, la conciencia las desconecta produciendo el fenómeno de la anestesia corporal. Como no puede eliminar el estímulo doloroso, elimina la señal, y con ella la posibilidad de traducción adecuada, lo que hace que el objeto que le corresponde no se presente en el campo de conciencia. O puede darse la traducción distorsionada, el objeto aparece neutro -sin carga- pero de manera reiterada, como si estuviera fijado. Así, se presenta pero “no se siente”, no tiene carga, esto sucede aún cuando yo me pueda explicar la “causa” de mi sufrimiento atribuyéndola a ese objeto que veo, pero saberlo no sirve para integrarlo, para reconectar esa representación con la carga que le corresponde.

Puede ser que mi intención sea una y sin embargo, mi acción la contradice: hay un objeto “oculto”, una representación “vacía” que determina mi acción y la tuerce respecto de lo querido. La tensión siempre

¹³ No es el caso de adentrarme en este punto, pero a los efectos de incluir los sentimientos en el esquema clásico de nuestra psicología (sensación-representación-memoria-respuesta), basta decir que los sentimientos *se sienten*, esto es, como respuesta emotiva se captan por el sentido interno y, por tanto, quedan comprendidos en la sensación que nos presenta ese esquema.

¹⁴ Esto permite entender lo siguiente: “En realidad la imagen cumple con numerosas funciones. Vamos a necesitar comprender la función de la imagen para luego entender que esta imagen movilizándose, va a actuar sobre los centros y va a llevar energía de un punto a otro, produciendo transformaciones de suma importancia para la economía del psiquismo. Por lo pronto, si los sentidos aparecen para dar información sobre los fenómenos del mundo externo o interno, las imágenes que acompañan a las percepciones de los sentidos no están simplemente para repetir los datos de la información recibida sino para movilizar actividades con respecto al estímulo que llega.” Silo, *Apuntes, II*, p. 75. Cabe preguntarse aquí: ¿se refiere a las imágenes de los objetos? Y éstas ¿tienen que emplazarse en lugares precisos del espacio de representación? Y esos lugares ¿corresponden a las partes del cuerpo que se movilizan con la respuesta al objeto? Si es así, observo que no es *una* parte del cuerpo la comprometida sino varias, hay sistemas asociados de músculos. Entonces no es *una* imagen-sensación interna del cuerpo sino *varias*. Y si son varias y simultáneas ¿estoy hablando de varias imágenes o de una *masa imaginaria*? que se diferencia sólo por las figuras, por las imágenes que tengo de esas partes del cuerpo si las miro. Si es *una* masa imaginaria que *como imagen*, como *soporte* de las figuras no se diferencia, está claro que se trata de *una* imagen, no diferenciada como imagen y múltiple como figuras que “contiene” o soporta. ¿Será eso la imagen de mí? en tanto imagen que duplica mi cuerpo, o sea, el doble, la masa de la imagen-sensación de mí que moviliza mi cuerpo, asociada a la representación de la situación. Mi mismo cuerpo es una masa de sensación que se diferencia según las señales de sus distintas partes.

¹⁵ Si se asume que uno es una masa unitaria imaginaria (el doble) que guarda correspondencia con el cuerpo, se puede advertir que las “islas” que permanecen desintegradas en la experiencia se corresponden a vacíos de sensación corporal debido a la anestesia que impide acceder a esas sensaciones. Esas islas son contenidos biográficos que permanecen aislados en el fondo de la copresencia pero dando señal y “entrometiéndose” en el momento menos pensado, provocando las compulsiones. “Integrar contenidos”, entonces, es integrar zonas de mí, de la imagen global de mí, que permanecen inconexas.

busca descargarse por la vía más corta y esto deja inoperante a la más férrea de las voluntades¹⁶. En el caso más extremo, decido voluntariamente no actuar (reprimó el impulso¹⁷) pero esto me vacía de sensación, me deja sin sentido. Mi cuerpo tira como mula para un lado y mi cabeza para otro. Y me “desgarro”. De modo que cuando me encuentre frente a una contradicción que en apariencia se plantea entre objetos, se trata de *un conflicto entre la representación de esos objetos y el sentido o carga que está en juego*.¹⁸ Siempre que crea que hay contradicción entre objetos, son las cargas las que se oponen y actúan en el trasfondo.

Hay que recordar que sensaciones y representaciones son todas ellas, imágenes, y que sólo el uso coloquial restringe el sentido del término “imagen” a las representaciones. De modo que las imágenes se organizan en esos *complejos*, en torno a la porción de imagen de mí o de yo que identifica el complejo imaginario. Así se explican los casos de “personalidad dividida” o vivencia de una multiplicidad de “yoes” en uno mismo. A veces, no me reconozco “el mismo” en una situación porque lo que siento, lo que imagino en torno a esa situación no es compatible con lo que siento en otras situaciones. Así, se organizan una suerte de subsistemas de representación con paisajes que les corresponden, visiones del mundo que son afines a la mirada que las sustenta pero disonantes o incoherentes con el resto de los paisajes que vivo. Esto puede llegar a un punto en que el sistema de representación, el campo imaginario en el que vivo, se disocie del cuerpo, del sistema de tensiones que tendría que operar para actuar en el mundo. Es el caso extremo de la esquizofrenia, en el que el sujeto queda aislado de su cuerpo y de su entorno. En el polo opuesto se ubica la psicopatía, donde el sistema de representación pone al cuerpo a su servicio más allá de su propia regulación, imponiendo las sensaciones a través de sistemas asociados de evocación que “someten” el mundo a su “voluntad”. En un caso las cargas se proyectan hacia dentro del cuerpo; en otro, hacia el mundo.

De modo que *las cargas* me complican la vida porque *son parte de mí*, integran la *masa imaginaria* que soy.

Y como *yo soy siempre, si observo* se me hace transparente *cómo* siento, mis estados internos.

La intencionalidad de la conciencia y la conciencia de la intencionalidad

La perspectiva analítica desde la que se explica la dinámica de la conciencia, poniendo el foco en los aparatos, hace perder la perspectiva de su dinámica. Lo constante, la dinámica del ser, radica en lo intencional. Lo concreto es el movimiento, el cambio constante en las figuras que presenta la conciencia en sus imágenes. La presentación del acto de conciencia como estructura (acto-objeto) es útil para comprender la constitución del objeto *en y por* la conciencia, que es lo propio del acto. Este modo de concebir lo intencional permite rescatar lo propio del acto que se pierde en la perspectiva objetivista, que privilegia lo objetual al pretender liberarlo de la incertidumbre e imprecisión de lo subjetivo, que es una suerte de materia espúrea que dificulta el trabajo de relojería que demanda el racionalismo, pero con ello se pierde la perspectiva del sujeto, sometiéndolo a la opresión de las categorías racionalistas.

¹⁶ El caso más manifiesto es el de las adicciones. El objeto adictivo produce la respuesta codificada que provee alivio inmediato pero no completo. Por tanto, el adicto se ve atado al objeto, renovando el estímulo que, inexorablemente en el caso de las sustancias, se va desgastando y obliga al aumento del consumo. Distinto es el caso de las otras adicciones (TV, sexo, fantasía y el mismo pensar, por ejemplos) porque el estímulo “forma parte” de la misma actividad del adicto, que se ve atado a la rueda sin fin de la búsqueda de estimulación reiterada sin poder lograr una descarga satisfactoria aún cuando a veces es completa. La televisión y la fantasía proponen la sustitución de la realidad como estímulo integral. Proporcionan “alimento impresiones” que necesito para sentirme sintiendo, para sentir que siento. El sexo adictivo no para de buscar nuevos objetos, manteniendo la sensibilidad enfocada en esa franja. Si bien los objetos están en el mundo, es su representación previa lo que produce la estimulación. Esto está alegorizado popularmente como “la idea fija”. Más adelante vuelvo sobre el punto en el texto.

¹⁷ Utilizo el término “impulso” sabiendo que puede producir confusión con “los impulsos” neurofisiológicos, los bips de información que circulan por el sistema nervioso. En este caso lo tomo en el sentido cotidiano de algo que me impele.

¹⁸ En tal caso, no hay salida conductual, es una encerrona. Sólo se sale desmontando la carga (mediante catarsis, distensión o transferencia) o trabajando sobre la representación (recuperando la imagen originaria que permita la catarsis utilizando como hilo conductor la misma sensación interna que está presente en el trasfondo de la compulsión, o modificando la imagen si el objeto se hace presente) según lo explicado en *Autoliberación*, de Luis Ammann.

Ahora bien, la estructura acto-objeto *no existe*. Lo que *existe*, esto es, lo que se *presenta*, es el movimiento intencional, el constante dirigirme a los objetos que me estimulan, a los que la conciencia inviste del peculiar teñido de mi mirada al constituir el paisaje.

Cada intención lleva en sí su objeto, ya constituido en los actos que le corresponden. Cada intención mueve hacia adelante, según la visión todavía analítica, prendada del objeto. El disparo de intenciones es constante. Por tanto, el movimiento intencional es constante. De modo que es la dinámica intencional lo previo, y las intenciones disparadas no son más que la concreción del dispararse, la actualización del movimiento intencional en la unidad del instante, de la vivencia que la implica.

En ese movimiento constante, en ese constante dirigirse a objetos, uno tras otro, instante tras instante, día tras día, en el transcurso se va dando el caer en cuenta del movimiento, de la intención, del *estar lanzado hacia*¹⁹ el mundo. Así, cobra sentido pleno que la conciencia sea el acto del mundo y éste, el objeto de la conciencia.²⁰

En este análisis de la estructura acto-objeto hay que destacar que lo que los envuelve es el *sentido*. En la experiencia puedo reconocer el sentido como tal, como sentir. No como lo que siento por algo, sino el sentir como tal, como *lo que me pasa*, como el pasarme algo que está teñido por el objeto-estímulo pero que también me pasa con otros objetos, con cada uno según su teñido propio. El *pasarme cosas con el mundo* es sentir. Y ese sentir con todas las variaciones que produce la diversidad del mundo, esa sensibilidad y sus variaciones, es eso que llaman “yoes”, una gama de variaciones constantes de la sensibilidad que resuenan acompañando la diversidad²¹ del mundo.

De ese sentir brotan las “cargas” y en ese sentir, en el reconocimiento de su unidad -como sensibilidad, puedo reconocer la unidad variante de mi energía, más acá de las diferencias de las cargas, en la que se resuelven las aparentes contradicciones.

Era necesario esta introducción tan abstracta como referencia conceptual de la que –para mí- es la más concreta de las experiencias, la de mi sexualidad. En ella lo intencional suma la fuerza del instinto, compromete mi cuerpo en todos sus niveles y obnubila la conciencia. Por eso la elegí como objeto de estudio para comprender la dinámica de mi experiencia.

Esbozo de la experiencia con apoyo en la imaginación

¿Porqué tiene que ser *una* mujer²² la dueña de mi placer sexual? Si la necesidad del placer es mía ¿porqué tengo que depender de *una* persona para satisfacerla?

A la recíproca y muuuuuucho más difícil (para mí): ¿porqué una mujer tiene que depender de mí para saciar su apetito sexual? Sobre todo, comparando su capacidad orgásmica que, frente a la mía, se me aparece como ilimitada, dado que yo necesito un imprescindible tiempo de recarga que, además, también es limitada. ¿Porqué no puede ella obtener placer cuando, donde, como y –lo más problemático (para mí)- con quien quiera?

Esto me resulta difícil porque desde la actitud posesiva me resulta por lo menos complicado imaginar el cuerpo “amado”²³ bañado por fluidos de otro²⁴.

¹⁹ Es interesante acudir a la etimología y las figuras que propone. *Objectus* es el participio pasivo de *obicio*, que es echar, exponer pero también, proponer. O sea que objeto, en el mismo sentido fenomenológico es lo que está arrojado ahí (*ob* es “ante”, sería ante mis ojos). *Subiectus*, es sujeto, sometido o expuesto. Pero como es participio pasivo de *subicio*, cabe resaltar un sentido que no aparece en el término anterior: lanzado hacia arriba o hacer brotar. En el juego de objeto-sujeto tendríamos que el objeto está ahí y el sujeto, “detrás” o aquí. Pero también, *brota* o *está lanzado hacia arriba*. (ver Dicc. latín-español VOX).

²⁰ Silo, *Meditación Trascendental*.

²¹ Este “acompañar los estímulos” con que presento las variaciones sensibles, como figura tiene su raíz en el famoso *cogito* cartesiano, que no es “pensar” sino “moverse con” o “movilizarse con”. Expresa la imagen del movimiento interno que se produce frente al impacto del estímulo, o sea la dinámica sensible. (ver Dicc. Latín-español Vox).

²² En mi caso de varón hetero, cada quien sabrá quién le cabe.

²³ La palabra “amor” la entrecomillo porque para mí, no aplica a las cosas terrenales. La defensa enardecida que se hace de ese supuesto sentimiento excelso pretendiendo que pertenece a la experiencia de los comunes mortales, no es más que la defensa que hace “el yo” de su zona de confort. Lo que sirve para negar otras zonas de experiencia que comprometen su misma existencia. Por empezar y en este plano, el orgasmo.

¿Qué es lo que hace que esa mirada mía sea tan sufriente? ¿Porqué puedo aceptar que vaya a un cine, tome un café o baile con otro, pero sexo, no. Es más, todas esas actividades que *digo* que admito, las veo como ligadas al sexo porque ¿para qué querría uno estar solo con alguien? Si no fuera por un interés sexuado, modulado por el sexo que “orienta” el acto. Y si es así ¿cuál es el problema?

En este punto me he encontrado con muchas opiniones femeninas que sostienen que es posible que “el diablo no meta la cola”, o sea, que el sexo no esté necesariamente presente entre cualquier hombre y cualquier mujer que se encuentran y más aún, que buscan encontrarse (se supone que no por sexo, claro está).

Está claro que intento introducir la posibilidad de que esas voces defensoras de la “indiferencia” sexual puedan reflexionar sobre los condicionamientos de la mirada que las hizo mujeres.²⁵ Al tiempo que reflexiono sobre las miradas que me hicieron varón. Porque “algo” de testosterona tengo.

Volviendo al tema. Por lo chocante, la imagen del fluido ajeno me resultó muy útil para encontrar un hilo conductor concreto, cuyo sentido ancle en el sentido más íntimo de la cuestión. Porque el fluido ajeno es la negación del mí. Esto, que es una perogrullada desde el punto de vista concreto y lógico, adquiere otro valor desde la experiencia. Basta que lo imagine y detenga la imagen en el momento en que produce mi sensación, para poder advertir el rechazo que siento. Y ese rechazo produce mi *exclusión* de la situación en que imagino a esa mujer, por muy querida que fuera. Y justamente sufro porque es querida y como tal está en mi copresencia. Lo copresente, el quererla, entra en contradicción con el rechazo que siento en presencia, con mi sentirme expulsado de la situación con ella, que es lo que produce la visión del fluido ajeno. La imagen del fluido ajeno o, mejor, la ajenidad del fluido en esa imagen, el hecho de que sea de otro, es un elemento imaginario, es un valor que surge del reconocimiento de que no es mí²⁶.

La identificación

La identificación con mis fluidos surge, en principio, de la vivencia inmediata de sentirlos propios. Aunque no los esté produciendo sé que son posibles porque los he vivido, la imagen de su posibilidad se funda en la experiencia reiterada de producirlos que vive en mi memoria. *Mis fluidos y yo somos una misma cosa*. Ellos son una parte de la totalidad de mi experiencia sensorial, nada menos que parte de la experiencia de mi cuerpo, somos una sola y misma cosa. Se archivan en memoria como parte integrante de la imagen de mí. De modo que, al ser de otro, los fluidos que imagino en el cuerpo querido provocan el rechazo, ya no de mi fluido sino de *mí mismo* respecto del ámbito que propone la imagen del cuerpo querido. La imagen de los fluidos asocia la de otro que los echó ahí, y eso se opone a la imagen de mí.

Para verificar la respuesta contrasté esta imagen con otra igual pero de distinto valor. Imaginé una situación prostibularia²⁷ en la que el cuerpo que deseo (porque es el cuerpo y no la persona, y eso sí lo conozco) viene de atender a otro y recibir sus fluidos. En ese caso no sólo no hay rechazo sino que potencia el deseo. Es un cuerpo de hembra potente, activo, caliente, y lo demuestra con las huellas de otro. O con otro en su actividad, que para el caso es lo mismo.

Lo interesante es que una imagen me incluye en la situación y la otra, me rechaza provocando exclusión. Se trata de una paradoja valorativa. Lo que está en juego son valores que tiñen la situación. De modo que ¿qué es lo que hay en una situación que no hay en la otra?

²⁴ Este análisis trata de llegar a una conclusión desde el punto de vista de *lo que es*. Desde un punto de vista siloísta, si considero que los fluidos ajenos no han caído allí por casualidad sino por el deseo de su portadora, me encuentro con que hubo una intención en recibirlos. Por tanto, oponerme a esa intención es, lisa y llanamente, violencia.

²⁵ Ya, seguro, es madre natura la que nos da cuerpos masculinos o femeninos, pero es la mirada social la que nos inviste con los roles correspondientes. Y es una extraña mezcla interna la que bulle licuando esa mirada y determinando la orientación sexual. Pero poco puedo imaginar de esto aún cuando me haya asomado a la experiencia temprana. Sobre esto de la investidura se puede consultar a Cornelius Castoriadis en su “La institución imaginaria de la sociedad”, Ed. Anagrama, v. 2.

²⁶ Esto resulta muy interesante porque se puede advertir en esta descripción la presencia de lo que habitualmente se llama valor: ese cotejo con la experiencia, con la memoria, es el valorar del que resulta la preferencia o el rechazo por algo.

²⁷ Esta es otra experiencia que no tuve y tengo que imaginarla. Me veo forzado a esta aclaración porque en mi generación todavía no era rara la iniciación sexual con prostitutas, si bien comenzaba a dejar de ser normal.

Y todavía puedo contrastar con otra imagen: los fluidos son de *otra*. No sólo el cuerpo querido es de una hembra caliente sino que los fluidos son de otra hembra caliente. Y eso hace que quiera incluirme en la situación. Interesante.

Con cualquiera de las imágenes advertí de manera casi imperceptible, como por el rabillo del ojo, que “algo” se extendía desde mí hacia la imagen del cuerpo querido o, más bien, la envolvía. Mejor, *nos* envolvía. Más preciso todavía: algo perceptible pero intangible envuelve la imagen de nuestros cuerpos desdibujando los límites de cada uno en la experiencia: la sensación-imagen de la pareja.

La imagen de pareja

Hay una sensación interna -una imagen- que permanece como copresencia de la relación y facilita el reconocimiento de mí en esa relación. Es la resultante de la repetición de la experiencia compartida, que integra la sumatoria de sensaciones y recuerdos que soy²⁸. Esa imagen opera una identificación que, como residuo²⁹, está en el trasfondo de cada momento, como parte de mí. Yo soy una imagen más extensa a veces pero siempre constante, ya que está en cada momento en la base de la experiencia³⁰. No importa cuán conciente pueda ser de ella, cuánto pueda advertirla.

En la situación sexual esa identificación está anclada en sensaciones corporales profundas e integrales que comprometen la misma base de la experiencia: mi piel (que despierta con la difusión de la excitación), los movimientos del intracuerpo que concomitan con la activación genital, los esquemas motrices de las actitudes más íntimas, los sentimientos, y hasta los movimientos del horizonte vivencial (que resultan de experiencias inesperadas, de la ruptura de topes y perforación de pisos de experiencia que me sirvieron de límites para mi confort existencial). Todo eso está comprometido. Así, lo que en un momento fue motivo de alegría expansiva, de renovación y reinvención de mí mismo, puede convertirse en la jaula fría a la que me arroja la exclusión que resulta del rechazo que arriba describí, como efecto de la “presencia” de otro. Eso produce la negación de esa experiencia expansiva y confirmadora de mi existencia que es la actividad sexual plenaria, y puede resultar en la aniquilación de las conquistas logradas en el territorio existencial.

Esa negación de mí, esa exclusión que vivo respecto de la situación anhelada, es un sentimiento absurdo porque en la situación imaginada que vengo describiendo, ella, mi querida objeto del deseo sigue ahí sin rechazarme, sin negarme. Esto pone de manifiesto la posesión. *Yo* no “estoy en ella” porque no me tiene en cuenta, porque eligió a otro para hacer lo que tendría que hacer sólo conmigo, porque yo no soy el objeto de su deseo. *Yo no estoy* en ella.

Esto es manifiestamente imaginario porque no puedo estar en ella. Pero esa imagen de exclusión opera en mí enfriándome, inhibiendo las respuestas que se codificaron bajo el signo del amor, que me identificaron dándome nueva vida. Y la sensación de sentirme excluido me hace excluirla. Y ella allí, que me mira desde su volver a mí, y yo aquí, encerrado en mi exclusión imaginaria.

Si hubiera sido una prostituta en un prostíbulo y estuviera de fiesta con amigos, y fuera otro el que estuviera con ella, mi respuesta habría sido distinta. O si hubiera sido otra y no otro. Ahí comprendí que “la sexualidad se orienta y concluye en su acto” y entonces, la escena se habría bastado a sí misma, sin memoria, sin futuro.

En cambio, la imagen de pareja que me envuelve, porta en sí y prolonga la sexualidad. Pero, si atiendo a los casos que responden a la estadística de la “normalidad”, esta imagen no sólo desdibuja los límites entre ambos sino que desdibuja nuestras mismas imágenes de cada uno, confundiéndolas en una misma imagen que se hace externa y es fuente de obligaciones y cargas. Borra las diferencias y carga la copresencia, de ese modo desactiva los polos. Con el tiempo, sin polos no hay tensión y el sexo se ahoga en la rutina y sobreviene la indiferencia.

²⁸ Silo, *Apuntes de Psicología*, II.

²⁹ Ésto de “residuo” significa que cuando en el análisis “desarmo” la figura del objeto propiamente dicho, y separo (discrimino) lo que corresponde a material de sentidos externos, focalizando la atención en la pura sensación queda lo propio del sentido interno que refiere esa experiencia a “ésto que está aquí”, o sea, yo.

³⁰ Esto ya lo señalaba Kant en los “paralogismos de la razón pura” (Crítica de la razón pura, 2da. Edición), donde describe al “yo” como una representación que está en la base de todas las representaciones.

En el ejemplo del experimento imaginario de arriba, mi pareja es mía gracias a las imágenes que nos unen y pensarla con otro me excluye de nuestro ámbito “propio”. La prostituta, por lo contrario, no tiene imágenes que me unan a ella y el vínculo se alimenta del deseo situacional, del momento que vivo. Concluido el acto sexual, fuera de la situación, apenas queda el recuerdo. La posibilidad de continuidad queda sepultada por la mirada social ¿quién tendría por pareja a “semejante” mujer? A la luz de la mirada social resulta rechazante la imagen si la emplazo en el paisaje cotidiano pero, fuera de ese paisaje, en la pura presencia del objeto sexual, el fuego se aviva. Ese mismo fuego que se enciende en el encuentro enamorado y en la reiteración genera la imagen de la pareja.

La sensación del fuego integra el complejo imaginario de la pareja y por un tiempo –variable, por cierto– lo reanima, se aviva en el reencuentro hasta que sobreviene la convivencia, la imagen ancla en la realidad y la aseguración de los recursos trae la calma rutinaria que va apagando el fuego y con él, la fuerza vital. Quizás otra formación sexual, otra educación, modificar despacio las costumbres, puedan aportar a la transformación de la vida social y de estos esquemas basales. Pero habrá que trabajar la base de la creencia: esclarecer la filtración del elemento imaginario, la estructuración que la creencia hace de las situaciones; advertir que yo soy yo y la otra es otro ser humano, que es otro yo pero radicalmente distinto; que lo que se hace puede no cambiar y sin embargo modificarse radicalmente, dependiendo de la elección que se haga. Entonces, la potencia que el sexo puede aportar a la vida, la función del fuego interno que anuncia el fuego sagrado podrá sobrevivir las etiquetas sociales y su estigmatización.

El choque de biografías

¿Cómo puede ser que la maravilla transmute en horror? que lo siempre nuevo del encuentro de dos almas se diluya en la rutina cotidiana.

El encuentro del que surge la pareja es un choque de biografías. Cada uno es una biografía en acción, lo sabemos teóricamente³¹. Con seguridad, esta expresión no la capto cotidianamente en toda su dimensión. No alcanzo a percibir la cantidad de figuras que anidan en mi copresencia, en la copresencia de mi mirada, constelando imágenes que movilizan conductas. Menos alcanzo a advertir que esas imágenes preceden las situaciones que “se producen espontáneamente”, sin aparente conexión con mi vida.

De modo que “ella” hace su aparición y me encandila con su destello. Sus atributos, las particulares modulaciones que voy descubriendo en esa otra vida que se despliega ante mí, producen figuras que sirven de apoyo a mis modelos, a las imágenes que reconozco aún cuando perceptualmente crea verlas por primera vez. Las proyecciones se entrecruzan, las miradas se encuentran en una fusión de copresencias disparada por el encendido de los sexos y el complejo de sensaciones recíprocas que entrelaza las dos existencias en la unidad del momento compartido.

El reconocimiento del otro como un otro especial, que es lo que produce la atracción del enamoramiento, procede de los contenidos afines que habitan las respectivas copresencias e implica la reciprocidad propia de ese estado. No es que sea imposible enamorarse en solitario pero la plenitud del estado se logra en la reciprocidad. Un caso marginal pero no por eso menos frecuente es la simulación del estado, que es una de las variantes de la manipulación sutil. Es un caso de predación en el que un individuo es el cazador y el otro, la presa. El caso opuesto es el estado enamorado en el que ese estado se alimenta a sí mismo no obstante la sucesión de objetos que no se adecuan a las aspiraciones, en el que el sujeto se ofrece casi como una víctima propiciatoria de sus propias ilusiones.

En la identificación recíproca del enamoramiento se produce un intercambio de imágenes biográficas compensadoras. Me encandilo con las figuras positivas a las que aspiro, para las que la otra sirve de soporte con sus atributos y al tiempo, más o menos, pero siempre llega, se van destiñendo y dan paso a las figuras negativas de lo que rechazo en mí. Y con ello, llega el conflicto, la desazón y la desilusión. Para distraerse de este estado que ofrece una vía regia hacia la depresión, hay una variada oferta de sustancias y actividades, las más legítimas y comunes son la comida, el alcohol, las telenovelas, el fútbol y la pornografía (virtual o actuada). Antes estaban distribuidas por género pero hoy se desdibujan los límites.

³¹ Consultar Silo, *Apuntes de Psicología*, II.

Lo que interesa es que *el encuentro de la pareja está orquestado por las carencias básicas y los anhelos consecuentes de cada uno de sus integrantes*. Y el desfasaje sobreviniente entre las posibilidades que cada uno tiene de cubrir las expectativas del otro, es la causa de la distancia y la indiferencia. Los polos que producían el arco voltaico pierden las diferencias y con ello, la tensión vital. La potencia se pierde al disminuir la intensidad de la excitación, y la pérdida de poder combustible inhibe la posibilidad orgásmica. Todo se medianiza, se estandariza. Sólo queda el potencial de los recuerdos que de tanto en tanto reavivan las cenizas, cada vez más espaciadamente, cada vez menos intensamente. El sentido de la calidez se trasladada a los afectos y se vive vicariamente en la “foto” de la familia que consagra los acontecimientos fundacionales (encuentro, noviazgo, matrimonio, nacimientos, etc). Cada acto, cada situación nueva se incorpora a la foto y se renueva vitalmente mirándola. Así se revive, se desempolvan las identidades y por un momento la tensión se renueva. Por un momento.

Tan lejos de la calidez y fragancia de la sensualidad que caracteriza la intensidad de la vida.

La frutilla de la torta: la “cornamenta”

Si experimentar con la imagen “a puertas cerradas” me resultó más que difícil, hacer el mismo experimento, imaginarme con mi pareja en el mundo fue casi imposible. Quiero decir: mientras ella estaba allí con los rastros de otro, no había otras miradas. Por empezar, *no estaba* el otro. Sólo estábamos ella y yo, fuera del mundo. Y *el mundo es*, básicamente, *una miriada de miradas ajenas*.³²

Los rastros del otro en el cuerpo de mi mujer implican su existencia, la de otra relación que no es la que mantiene conmigo. *El otro ya es el mundo*. Tiene una mirada y su mirada es la social. En esa mirada, yo soy un cornudo.

Ser cornudo es una suerte de desgracia en la mirada social. Ser cornuda es casi una condición normal para la mujer, porque la infidelidad masculina es no sólo tolerada socialmente sino que en el ámbito varonil es aplaudida.

Lo cierto es que así como en el mundo hay otras que me tientan, también hay otros que pueden tentar a mi pareja. Y están ahí. El asunto es cuán a la vista están. Porque una cosa es que no me dé cuenta, porque no veo, porque no percibo rastros de otro. En ese caso, lo que fuere no es asunto mío sino íntimo y personal de mi mujer. Y agradezco la discreción, es un modo de cuidarme. Cosa muy distinta es que vea. Y aquí, se me planteó otra situación alternativa.

Una situación es que “huela” que algo pasa entre mi mujer y otro, porque “flota en el aire”, y es una variación –bien que en mi presencia- del caso anterior.

Cuando el otro es un conocido en una situación social compartida, que de alguna manera está relacionado conmigo (ni que decir si es uno de “los nuestros”), la cosa “queda en familia”. Donde existe el sobreentendido de que las parejas tienen libertad de acción individual, nadie “pone cuernos”. Pero afuera de esos ámbitos restringidos, en el mundo de la calle donde impera el imaginario colectivo, donde ese otro desconocido me mira y me ve con cuernos, el sentimiento cambia.

El escenario que pone el hecho de que el otro sea conocido me resulta incómodo, pero la escena donde el otro es un desconocido se me torna imposible de afrontar. Más que la imagen de los fluidos ajenos. Ver la mirada de mi pareja dirigida a alguno que pasa o que está ahí y le llama la atención, ya me incomoda. Me excluye, *deja de atenderme*, hay otro. Pero a mí me pasa eso también, y no la excluyo por eso. De modo que el reconocimiento de mi experiencia “lava la herida” del prestigio.

Distinto es si imagino el hecho de que mi mujer busque a otro y yo lo vea. Me produce sentimientos más comprometidos. Por ejemplo, una escena que me resulta clara es que, por ejemplo estando ambos en un bar, mire a otro.

¿Cuántas cosas están en juego en esa imagen? ¿Cuántos atributos “míos” se ven afectados? Entiéndase que “míos” significa “lo que de mí se espera”, o sea, los atributos que debería tener. Y también los que no debería tener. Como los cuernos.

³² Esto hay que resaltarlo porque en la concepción clásica de la teoría del conocimiento, que es la que domina el mundo y su mirada espontánea, se entiende que es el sujeto el que mira el mundo, solo. Claro que visto en la teoría, la representación del mundo. Pero en el mundo estamos todos, mirando, y más que mirar, *somos mirados*.

Por caso, recordando dichos de mi familia y aledaños, tendría que tener “las bolas bien puestas” (¿dónde podrían estar?) o sea, “tener a raya” a mi mujer. Esto es, dominarla o “ponerle la pata encima”. Vaya... ¿No me habían enseñado que tengo que respetarla? ¿Acaso hay intenciones que se respetan y otras que no?

También se dice que tendría que “tenerla conforme”, “bien atendida”, o sea que su sexo esté satisfecho con mi despliegue viril. Por tanto, si no es así, se infiere que no hay tal despliegue, o no es tan viril. En cualquiera de los dos casos, mi imagen se deteriora.

En estos casos mi mujer es una cosa que depende de mí, no un ser con intenciones. Es una mecanicidad que hay que atender, mantener en forma, “tenerla satisfecha”. Dicen por ahí, en buen romance “bien cogida”. Mientras a mí me pueden atraer otras mujeres aún cuando esté “bien atendido”, a mi mujer no la pueden atraer otros hombres.

Si la tengo que dominar es porque la poseo, es de mi propiedad³³. Esto está muy arraigado en la cultura judeocristiana porque en la Biblia se puede leer que la mujer pasaba de ser patrimonio de su padre para serlo de su esposo. De modo que la infidelidad deja de ser una cuestión de pareja para ser una cuestión social, un problema entre machos. Todavía en estos días se le reclama al/a tercero/a por la infidelidad, aún en ámbitos donde se supone que hay conciencia de la propia responsabilidad³⁴ por la participación en las situaciones y de la responsabilidad de la mujer por sus actos. Una curiosa manera de escamotear la conciencia de los propios actos y cosificar lo humano.

Una cuestión de machos

Con la cuestión de los “cuernos” lo que se plantea es una situación que, según sea la condición de los participantes, cambia de color.

En esto no necesito experimentar con la imaginación. Cuando la situación se planteó entre mi pareja y alguien de alguna manera subordinado a nuestra condición social, o profesional, o lo que fuere, la mirada del otro no era de competencia, no me degradaba sino que me compadecía y me daba la sensación de que lo habían violado. Como fuera, no les gustaría haber estado en mi lugar y les producía cierto remordimiento. Humanamente, esa actitud era reconfortante para mí. Me reconocían de algún modo.

Cuando la cuestión se planteaba entre pares hay una suerte de competencia, aún cuando mínima, donde el tercero me quiere desplazar u opacar. Cuando la cosa es con un tercero jerarquizado socialmente, la degradación es manifiesta y, curiosamente, también cuando el otro es más joven, supuesto detentador de una virilidad más vigorosa.

La buena prensa que tienen los jóvenes desde el punto de vista del rendimiento dado el momento biológico, los infatúa cuando se enfrentan en la competencia con un jovato y me ven como un ejemplar descartable. Es una situación graciosa. Alguna vez me gritaron “largála, jovato”, queriendo decir que se las pasara porque ellos sabían (y podían) qué hacer con mi compañera, más joven, claro. Ahí se ve clarito la cuestión entre machos. Cuanto más se desciende en el escalón cultural se desvanecen las máscaras de rol y el trasfondo imaginario.

Distintos trasfondos operan, distintas miradas que configuran valoraciones que habilitan –o no- el reconocimiento del otro como otro yo.

En todo caso, violencia más o menos, lo que se ve afectado en mí es mi prestigio, la imagen de lo que tendría que ser y a ojos vista, no soy, en la mirada social, claro está.

De este modo, la tensión del conflicto de la pareja se ve alimentada por la mirada externa. Los protagonistas, en lugar de emplazarnos en la vivencia directa, nos emplazamos en la mirada de terceros, que es la sociedad que mira a través de ellos, y no en la de mi mujer y su situación o en mi situación. Y por emplazarse quiero decir considerar, explorar y detenerme en qué me pasa a mí, qué me pasa con ella, con el

³³ En estas rémoras imaginarias se puede advertir que la inercia del imaginario colectivo es mucho más fuerte que las corrientes que pretenden reformar las costumbres.

³⁴ El concepto de responsabilidad aparece ligado a la culpa en el lenguaje cotidiano. Sin embargo, etimológicamente significa “habilidad de respuesta”, por lo que me parece que desde la doctrina se la habría que entender como capacidad de respuesta, no como condición de culpabilidad)

otro, pero sobre todo con lo que *creo* de la situación. Porque lo que está en juego son mis creencias y las de mi mujer. Es lo que une o separa.

Como sea, con ella o sin ella, otra vez quedo yo, con mi imaginario. Sólo que *mi imaginario no es mío sino colectivo*.

El sexo se oculta

La única enseñanza sexual que me dio mi padre fue “nunca te pongas una mujer en la solapa” (si él lo hubiera hecho no habría habido chaqueta que resistiera). Esto era una crítica radical a la costumbre machista de andar diciendo a quién habían volteado en su “cacería”. Después de eso, calló para siempre (sobre el tema, claro) y no tuve otra guía que la de mi madre que, al menos en el punto, coincidía. El resto era la desautorización de la conducta visible de mi padre, a quien le había cerrado las piernas (según ella) desde poco después de mi nacimiento.

Me parece discreto no vanagloriarse de los revolcones, pero relevo que se habla de ellos pero no de cómo se revuelcan. A lo largo de la vida hago el recuento de comentarios de otros sobre su experiencia sexual, y llego a la conclusión de que “de sexo no se habla”. Desde cualquier ángulo que se lo mire. No tengo idea de cómo es el orgasmo de mis amigos o de mis compañeros de camino, donde se supone que tendría que ser tema central por la implicancia energética, dado que el sexo pondera todas las actividades³⁵.

Lo que sí sé, es acerca del orgasmo de algunas compañeras de juego y de las de vida, y no sólo por razones prácticas sino por interés. Pero, siempre, por el mío. No sólo no se habla de sexo sino que se lo mantiene guardado detrás de un velo que revela una ignorancia notable sobre la práctica y la experiencia, en detrimento del patrimonio conceptual y de experiencia que se supone es la Escuela. De ese modo resulta difícil reconocer que la miseria orgásmica, la falta de o el placer reducido a expresiones mínimas, es base común de la experiencia sufriente. Pero no la única ni la última o más profunda.

Ni que hablar de intentar confirmar la “infidelidad”, no por el dolor del macho herido (al menos, como motivación primaria, porque siempre quedé averiado), sino por la necesidad de confirmar una percepción producida por la intuición. Por esa época comenzaban mis chisporroteos de conexión que resultaban no sólo del trabajo interno sino de una actividad sexual en exceso con falta de sueño. “Percibía” cosas y necesitaba confirmar. Y confirmaba. Pero no por el reconocimiento sino por la simpleza de las respuestas o las evasivas argumentales. Cierto es, como me dijeron alguna vez, que uno no tiene que meter la nariz entre las sábanas ajenas, pero distinto es, me parece, cuando me meten sin preguntarme, me dicen que estuvieron en misa y, para rematarla, mi aparente “infidelidad” sí es objeto de denuncia.

De modo que la cuestión de la infidelidad no sólo es cosa de machos sino clandestina. De eso no se habla. De ese modo se evita el efecto espejo que tiene cualquier comentario. Uno no se ve en lo que hace si lo calla. ¿No será un caso sutil de manipulación?

Del sexo ajeno sí se habla

Cuando dije que del sexo no se habla, seguro que leíste y pensaste oscuramente ¿cómo? Porque ¡vaya si se habla de sexo! pero del sexo-cosa, de la anécdota ajena. Del sexo ajeno se habla por demás. Y no sólo de los atributos visibles o disimulados por la ropa, no sólo de los cuerpos cosificados, sino de los hechos sexuales de los demás. Sobre todo si tienen implicancias grupales.

“A fulano lo largó duro”, “se quedó con las ganas”. Sobre todo si el sujeto objeto del comentario es una mujer. Y ni qué decir si esa mujer actúa su sexo libremente, ahí se dividen los bandos. Los machos, agradecidos, esperando que les llegue el turno, y ellas, horrorizadas condenan: “se acuesta con todos”. Pero nadie se pregunta por la experiencia interna del/la criticado/a porque la experiencia interna sólo existe en

³⁵ Silo en *Apuntes de Psicología, II, La especialización de las respuestas....* aquel viejo material de tapas verdes donde reintrodujo la estructura de los centros rebautizándolos “actividades”, introduciendo el concepto de sus partes voluntarias e involuntarias y mencionando la relación directa e inmediata entre la parte involuntaria del emotivo con el vegetativo-sexual.

las etiquetas conceptuales al uso, para demostrar que se sabe de qué se habla, que se conoce *el tema*, aunque no se conozca *la cosa* tematizada. Porque eso es materia de experiencia.

No he oído cuestionamientos sobre la cuestión de género, sobre los temas que implica, sobre las actitudes, sobre las condenas y discriminaciones que operan en *nuestro* imaginario colectivo. Sí he visto y oído el uso de los ideogramas, de las etiquetas del tema. He visto y vivido personalmente cómo se condena y castiga actitudes sin preguntar por la intención, sin intentar develar los motivos, permitir reparar y ayudar a rectificar, si es que hubiera tal intención.

En este punto, hay que resaltar el trasfondo cristiano. Pablo de Tarso recomendaba “cuidarse” los unos a los otros para no caer en pecado. Lo que implica una actitud policial difusa, distribuida entre los miembros de la comunidad. Eso lo hemos heredado y actúa entre nosotros, bien que a través del control de otros valores, distintos de los cristianos. A excepción del sexo, claro está, y algún otro que se me escapa ahora.

Mucho menos he oído preguntar qué le pasa a uno con lo que expresa, qué significa esa condena verbal en términos de experiencia propia ¿porqué califico de puta, de frígida, de mal cogida? o de mujeriegos, fanfarrones o “cornudos”. ¿Qué tiene que ver con mi experiencia? Porque ya sabemos que la paja en el ojo ajeno... Hay carencias que se proyectan y manifiestan en las expresiones.

Esto tiene distintos aspectos en el imaginario social.

“Comehombres” y putañeros

Los términos antiguos de ninfomanía y satiriasis (hoy elegantemente bautizadas de hipersexualidad aludiendo a ambos géneros) aluden a un tipo de personalidad (entendida como estructura de comportamiento) en los que la conducta sexual se encuentra exacerbada. Si bien se encuentran descritas en libros de sexología, no han conseguido su canonización como patologías psicológicas en el DSM, ni en su versión más moderna, el V. Consideradas como una sola conducta que afecta a ambos géneros se la ha visto como adicción al sexo. En términos de nuestra Psicología, se trata de una tendencia compulsiva a la actividad sexual que puede tener distintos grados e intensidad pero que tiene ciertas notas comunes que la incluyen como tipo de comportamiento que tiene una consideración social bien diferenciada, pero siempre como una alteración de la norma -la represión.

La conducta festiva, el comportamiento desarrollado en un ámbito de fiesta, fue consagrada desde tiempos antiguos como una manera aceptada socialmente de romper las pautas rutinarias en la conducta social. Cuando la gente festeja tiene un comportamiento transgresor de las pautas conductuales de cualquiera de las situaciones cotidianas, en cuanto a conducta motriz (el baile es el modo sancionado y regular de hacerlo), tonos de expresión tanto vocal como motriz, etc. El bullicio contrasta con la seriedad habitual en las situaciones cotidianas, aún cuando sean distensas y divertidas, como una charla de café.

En tiempos antiguos, el mito regulaba la conducta cotidiana y, especialmente, sancionaba un tiempo de ruptura de las pautas que llegó a nuestros días como el carnaval, lapso durante el cual se rompían las pautas sociales de la conducta sexual. El intercambio sexual se liberaba del marco cotidiano. De este modo, la dinámica social preveía y ejercía un lapso de descarga de las tensiones que se acumulan en el comportamiento rutinario.

En esos tiempos, el mito establecía las identidades o roles sociales con fijeza, que en tiempos modernos, debido a la movilidad social y la liberación individual del imaginario colectivo, se han aflojado. La diversidad de ámbitos en los que se participa, la distancia geográfica entre situaciones y la dinámica psicológica individual, dan paso a una creatividad que es lo distintivo de una dinámica social fuertemente determinada por el interés individual como filtro del interés colectivo.

El interés no es un elemento psicológico teórico sino que es el aspecto movilizador de la intención. Acto, interés e intención son distintos aspectos de la actualización de la intencionalidad en el instante que se considera³⁶, en el corte que hago en su dinámica para poder analizarla. El interés es lo que está entre el

³⁶ Por si no se entiende el término, “actualizar” es lo propio del acto. El acto no transcurre, es siempre en presente. El pensamiento clásico trabajó sobre la base de que el tiempo está ahí, transcurriendo siempre. Pero la construcción intelectual del análisis de cualquier cosa -porque cualquier cosa que se considere es siempre en presente pero además, está transcurriendo- es

sujeto y el objeto. Puede confundirse con la intención en la medida que ésta se presenta como lo que quiero hacer con el objeto y éste a su vez, puede confundirse con la razón, el propósito o la finalidad que me lleva a ese querer hacer. Groseramente puedo ejemplificar con el trabajo: tengo intención de trabajar porque me interesa estudiar cómo me comporto en la situación, o puede ser que trabaje porque me interesa su resultado, sea un objeto producido o la ganancia que me va a dejar. Esa intención a su vez, puede diferenciarse en el modo (cómo hago), la circunstancia (tiempo y lugar) y el objeto de aplicación de mi esfuerzo, qué voy a modificar, crear, etc.

En las conductas complejas como es el trabajar, se puede aplicar una diferenciación analítica, pero en conductas íntimamente relacionadas con las necesidades corporales, como es el sexo, el esquema se simplifica sobre todo en el instante que se plantea: el objeto sexual carga con el interés que mueve la intención. Pero esa situación simple desde el punto de vista biológico, se complejifica socialmente. La necesidad sexual es recurrente y tiene consecuencias, por tanto, se asegura su satisfacción y se regula el cuidado de sus consecuencias instaurando la pareja como reproductora y criadora. María con su bebé y José a su lado, son la representación mítica que estructura la sociedad desde el comienzo de la era actual. La familia es la estructura básica de la sociedad. Pero María, pequeño detalle, es virgen.

La “gente de la noche” que, como mínimo una vez a la semana, se sale del esquema propuesto por esa imagen de familia, es su contrafigura. El alcohol es el elemento cotidiano que permite sobrellevar el peso de la rutina, al que se agregaron nuevos elementos en la modernidad: la televisión y la droga. El sexo, claro, se libera de sus ataduras en esas ocasiones. Pero ¿cuáles son esas ataduras?

En el extremo de la conducta normal se encuentra la adicción al sexo, tan de moda en las dos últimas décadas, traída como defecto de los famosos y como si se limitara a esa franja social por efecto de la publicidad que se hace de los personajes. La encuadro dentro de la normalidad porque, como la droga pero sin sus efectos corporales nocivos, no suele producir una alteración en el funcionamiento social del sujeto. En todo caso, la transgresión moral no es una disfunción social en la medida que la moral misma está diluída en esta franja. Y las conductas moralmente desviadas sirven como reaseguro de las funciones sociales en cuanto operan como vías de descarga de tensiones. (Además, como se arguye respecto de su clasificación clínica ¿cuánto sexo es demasiado sexo?)

Los putaños no son vistos negativamente dado el sesgo machista de la cultura dominante, de modo que en los hombres las únicas críticas pueden ser de las mujeres implicadas en cada caso, o sea la mujer del sujeto. Distinto es el caso de las mujeres, clásicamente llamadas “putas”, “regaladas”, antiguamente “ligeras de cascos”, o como un género más amplio, “fáciles”. Estos apelativos están fuertemente ligados a quien los pronuncia: “putas”, mayoritariamente desde el sector femenino; “fáciles”, desde el masculino; dependiendo obviamente de la posición en la situación. Habiendo observado el fenómeno casi en su intimidad, me parece más adecuado llamarlas “comehombres”, algo que no sucede con los machos. Si bien la búsqueda de su placer es central y motivadora, devorarse un macho parece ser más relevante que el placer obtenido. Sobre todo, si se atiende a que persiguen una satisfacción que puede no llegar y aún cuando suceda, no parece ser plena porque vuelven a la rueda de la cacería constante.

Desde el punto de vista de la consideración social, en un ámbito tradicional (machista) un tipo juerguista tiene un valor agregado hasta con las mujeres, porque es divertido; una mujer en la misma situación, es condenada formalmente aunque sea apreciada en los hechos por los varones. De modo que mientras unos son tolerados y hasta aplaudidos, las otras son castigadas por la mirada social. Lo que es una conducta normal de macho, en la mujer es trasgresión. Y si es madre, peor.

Hasta donde he visto, hay una diferencia en esta franja conductual: mientras los varones mezclan el sexo con la juerga, en las mujeres el sexo suele aparecer en un estado más puro. Supongo que esto tiene que ver con que las mujeres llevan una ventaja notable en el punto: para conseguir que una mujer “acceda” a tener sexo lo normal es tener que tomarse ciertos “trabajos”, en cambio los hombres somos más fáciles en ese sentido. No creo que haya un sujeto normal que se resista a un manotazo en la bragueta. La misma imagen de macho, aún cuando se pueda sentir vulnerada por la iniciativa de la mujer, impone una respuesta viril. En este punto recuerdo los consejos de Zorba: es un pecado dejar a una mujer deseando.

siempre la abstracción de lo temporal. El análisis trabaja sobre una representación que finge la quietud del objeto. Por eso destaco que el acto no está quieto aunque en la “foto” parezca estarlo.

Por la misma facilidad del acceso, distinta es la “trampa” entre hombres y mujeres. Éstas parecen aumentar su placer con la ocasión, el esconderse rápidamente en situación de exposición, como si la trasgresión fuera excitante por sí misma, por lo que son más arriesgadas. Pero no es ésto lo que me interesa de esta conducta extrema.

En lo me atañe, mi formación de origen me impuso una respuesta refleja invertida: si encuentro alguien me excita, me congelo. Con ésto, la frustración está asegurada y quizás me llevó a padecer una situación interna de casquibano: en toda situación buscaba apoyo sensible en alguna mujer que me mirara. Ésto se convertía en una tortura por lo compulsivo, sobre todo si estaba con mi pareja. Y doblemente, porque con esa respuesta condicionada de congelación, jamás “iba al frente”. De modo que se podría decir que fui un mujeriego frustrado. Nunca lo sabré porque los años (parece que la biología se hace sentir) o los efectos del trabajo disciplinario (no puedo discriminar la causa), modificaron eso, entre otras cosas. Cambiaron las fuentes de sentido.

Porque de éso se trata: *el sexo es fuente de sentido*.

Popularmente se dice que uno anda con la “idea fija” y como siempre, la sabiduría popular es muy sabia. En esa conducta mía que describí había una imagen previa, por supuesto, como toda imagen, transparente. De modo que no me daba cuenta que la tenía. Simplemente, buscaba una mirada femenina como apoyo situacional, que me diera referencia de que estaba yo, que era considerado, confirmatoria de mi existencia, provocándome una sensación que me hiciera sentir presente. Una mirada que me diera sentido y me permitiera superar la timidez, el temor a exponerme, y más precisamente, a ser mirado. Focalizarme en una mujer me permitía desentenderme del resto de las miradas. Y ésto, incluso con independencia de que me mirara o no. Buscaba alguien que me gustara porque la sensación que me producía me hacía sentirme. Ésto, a mi vez lo padecí luego en un par de relaciones porque quienes tuve al lado no eran precisamente discretas y sumaban el ser “de armas llevar”. De modo que a partir de lo que en mí ocurría, ensimismado como soy, pude comprender lo que sucedía en ellas, alteradas como son.

Mi situación interna no me llevaba corporalmente a ningún lado por mi ensimismamiento. Ellas no. No sólo buscaban sus “fuentes de sentido” sino que se trataba de fuentes de placer por sí mismas, sin filtro selectivo. Esto es, las posibles fuentes no pasaban por filtro alguno. El objeto que podía satisfacerlas es genérico, indiferenciado: el simple ser hombre, o sea varón, portador del atributo viril y su “jugo sagrado”. En algún caso, este último detalle no era de poca relevancia y me hizo pensar en una suerte de adición a la sustancia. En todos los casos tenían afición a la juerga pero lo trasgresivo era el modo en que concretaban su objetivo: eran una suerte de cazadoras que acechaban y caían de golpe sobre su presa, con una actitud agresiva, dominante, como sometiendo. Mucho aprendí sobre ésto en largas charlas donde indirectamente iban manifestando detalles que me permitían armar el paisaje oculto. Porque lo destacable es que esta conducta, aún cuando reiterada cotidianamente, no se reconocía, no podía exponerse ante la mirada de otros. Al menos ante la mía, portador de la mirada social en tanto pareja. Hasta que llegué a ver que no era conmigo la cosa sino con ellas mismas. En situaciones extremas, críticas desde el punto de vista del equilibrio emocional, advertí que eran sus propios verdugos. La mirada social vivía y actuaba en ellas. La presión interna que ejercía impedía que pudieran ver lo que hacían y, lo que más me fastidiaba, me vendían un personaje opuesto, actuaban la represión conmigo, castigaban en mí lo que ellas hacían. Como si su personalidad estuviera dividida y fueran dos personas distintas. Ponían en mí lo que menos tenía, la crítica social y el castigo que actuaban consigo mismas. Y ésto fue lo que más me movió a investigar y comprender desde nuestro punto de vista cómo se arma el complejo imaginario, lo que me llevó a comprender la dinámica de eso que llamamos “el yo”, su unidad imaginaria y su diversidad biográfica. Y como resultado adicional, me permitió comprender la posesión.

Desde el punto de vista de lo que me interesa relevar, estas conductas extremas sirven para destacar lo anormal de la conducta normal. La “normalidad” de las conductas habituales reside en que son generalizadas, pero no se adecuan a lo que tendría que ser propio de ellas: ser vehículo de expresión de lo instintivo y canalizar y cumplir la búsqueda de una satisfacción que se da más allá de los objetos aceptados socialmente. Y por éstos entiendo tanto los que corresponden por la orientación o preferencia sexual dada por la biología (el sexo opuesto) como por la sociedad (la pareja) que, además, regula su intensidad.

Una cuestión de emplazamientos y espacios

Si bien las posiciones según la condena social, son distintas para unos y otros, ambos tipos extremos de comportamiento comparten algo: están “perdidos”. A ellos se los ve pero no se los califica así, pero a ellas... La calentura y la borrachera son estados en los que se pierde la cabeza. Pero una mujer caliente y un tipo caliente no se ven igual. Es más, de una mujer se puede decir que está o es caliente, pero de un tipo no. Podrá ser un calentón pero la imagen que trasciende es más fuerte o más propia de calentura en la mujer que en el varón (será porque lo veo desde este lado del género).

Y me da la impresión de que la mirada social considera (y me contamina) que las mujeres pierden más la cabeza que los hombres.

Una mujer que “busca” es una imagen más fuerte que un tipo de levante. Es mucho más sensual, estéticamente más adecuada al estado que expresa, pero “no es propia de una mujer”. La mirada social condena la sensualidad. En este lado del mundo el clítoris queda intacto, pero a nivel imaginario es lo mismo.

Ahora ¿qué hay en la búsqueda que no cesa? ¿Qué hay en la búsqueda constante de placer? Y cuando digo constante no puedo establecer parámetros de frecuencia porque eso depende de cada uno. Pueden ser tres en una semana o en un día, da lo mismo. Y decir que se fugan no me alcanza.

Me remito otra vez a lo que me pasaba y conté arriba: ¿será que se busca el placer o la calentura *como estado*? Porque hay casos en que buscan por buscar, por anclar en una mirada y calentarse, aunque no haya levante posible.

Entonces, no es que haya calentura sino que hay búsqueda de la calentura. No es que haya necesidad real, concreta, un estado interno que impulsa. Hay una representación que guía en la búsqueda del objeto para calentarse. Cualquier objeto apto, a veces. Por el mero calentarse.

No es inocua esta búsqueda. Así como el sexo pondera las actividades, impulsándolas con su carga, al activarse toma la energía y prima como sensación interna, colonizando el resto del cuerpo y alterando o bloqueando las otras actividades, como el intelecto y la emoción. Es más, una sobrecarga negativa de la emoción puede resolverse de este modo. El sexo activado provee la sensación de vitalidad que se necesita y con la descarga libera el peso de la emoción negativa, regulando el funcionamiento de las actividades. Visto desde ese punto de vista, en una estructura de comportamiento lastrada con una fuerte carga negativa, la activación sexual sirve a la adaptación social. Es como un reseteo perceptual y de memoria, literalmente, la calentura como estado interno “quema” los archivos de memoria. Y eso, para evitar el sufrimiento, es muy útil. Aparentemente.

Paradójicamente, ese estado va a obstruir la posibilidad de una pareja porque no hay carga disponible como para que la emoción pueda adherir a una imagen y construir futuro en torno a ella. Si la renovación constante es el objetivo mecánico de esa estructura, mal puede pensar en estabilizarse en torno a un objeto sexo-afectivo. Esa frustración es también motivo para realimentar la activación sexual que la descargue. Es un circuito cerrado.

¿Importa analizar un caso minoritario? Por sí mismo, a poca gente le sirve. Pero como todo caso extremo es muy útil para comprender el funcionamiento normal.

Ese tipo de conducta alterada sirve para comprender la alteración de conducta y, por oposición, el ensimismamiento.

El sujeto alterado está “pegado” al mundo. Vive jugando un partido de ping-pong, atinándole a cuanta pelota le manda. Y juega en dos o tres mesas a la vez. No hay tiempo de procesar los estímulos. Es la conciencia que se encarga en modo “piloto automático”. Vivo pegado a los estímulos y apenas calculando respuestas.

En el caso de la fijación objetal, como es el de la hipersexualidad, se advierte con claridad el “vestido” del objeto o la atribución de carga por parte de la conciencia. Lo sexuado está presente en la mirada del sujeto antes de que se haga presente en el mundo. Su sexo ya está movilizado por la imagen expectante y la aparición de cualquier objeto que coincida, dispara la respuesta.

El caso del ensimismado es exactamente opuesto, no sólo la imagen se anticipa sino que caza al vuelo al objeto y se lo lleva para adentro. Lo que el alterado actúa conductualmente, el ensimismado se lo vive en su mundo interno.

Está muy claro que en el ensimismamiento se juega la representación, pero también en la alteración. En un caso el objeto es introyectado y vivido internamente; en el otro, es el estado interno que toma el mundo. En un caso el mundo es desactivado; en el otro, toda representación no afín con la idea fija que se actúa, es desechada y yo, como observador, quedo inhibido. Y conmigo, toda crítica posible.

Sabemos que el punto de mira, bajo las distintas formas de yo, se desplaza por un eje. Cuando se aproxima al entrecejo, se “absorbe” la representación porque se aplanan la pantalla; cuando se profundiza el emplazamiento, cobra volumen. En un caso, el volumen amplía el espacio de percepción; en el otro, el de representación. Parecería que si uno actúa, el otro se inhibe. Pero no, en un emplazamiento intermedio provocado por la configuración de semisueño del paisaje, el espacio de representación interfiere con la percepción. Esto sucede con la alteración conductual, en que una representación se proyecta sobre el espacio de percepción. En el caso del ensimismado, la representación bloquea la acción al “alejarse” el mundo.

En ambos casos, la sensación del límite del cuerpo es lo que da el indicador de cuál es el espacio que está emplazándose. Si no lo siento, estoy volcado hacia afuera y funciona la percepción. Si lo siento ahí, ya está cobrando volumen la representación. Y si voy para adentro, puedo llegar a la desaparición del mundo y hundirme en la fantasía. Y lo sagrado también puede ser fantaseado, desplegando en ese caso innumerables planos de representación con sus mundos posibles.

Pero retomemos el hilo y vayamos hacia el imaginario colectivo.

El cimiento social

Según investigaciones arqueológicas, la función reproductora de la mujer iba de la mano con la variación de pareja porque de ese modo se cruzaban líneas genéticas que aseguraban la continuación del grupo³⁷. Esta explicación que quizás choque por biológica tiene sentido si se la asocia con la propuesta de que la cultura de la Diosa Madre parece haber sido una de las primeras formas civilizatorias³⁸. En ella, la mujer era el centro de una familia abierta en una sociedad democrática. La circulación del sexo era libre y la mujer podía elegir su pareja ocasional aunque se viviera, según parece, en una estructura familiar³⁹. La cultura vencedora de los saqueadores nómades que barrieron con aquella cultura estaba centrada en el varón dominante, regente de las vidas a su servicio y propietario de sus mujeres. La cultura sexual era promiscua también, pero las mujeres circulaban entre los varones como cosas para compartir⁴⁰.

La necesidad de identificar la prole cerró la circulación sexual para las mujeres al tiempo que las jerarquizaba, pero la dejó abierta para los hombres. La potencia del orgasmo femenino fue sometida limitándola a su función reproductiva y criadora. La Diosa se perdió pero quedó la Santa Madre⁴¹ con un lugar central en el imaginario colectivo. Al ícono de la Diosa Madre le taparon la vulva expuesta que caracterizaba a la Diosa y vistieron el ícono para que la Madre no pasara vergüenza ni se notara que su entrepierna seguía secretando los jugos del deseo. Por las dudas, le pusieron candado bajo la forma del cinturón de castidad. Claro está que todo esto sucedió en la franja considerada humana, la de los propietarios, dueños de la cultura. El resto, la masa informe de la gleba, siguió disfrutando de las licencias de los cultos antiguos y el descuido por la identidad individual. Los tiempos modernos liberaron las costumbres y fue necesario poner orden: se difundió la imagen de la familia nuclear a la par del desarrollo urbano de la revolución in-

³⁷ En una revista Time de hace más de 20 años, se reseñaba una investigación que explicaba que la promiscuidad era necesaria, en aquellos tiempos en que la especie comenzaba su andar, para asegurar la mayor cantidad de combinaciones posibles para que triunfe la adaptación al medio.

³⁸ Sobre esto puede consultarse “Tantra, el culto de lo femenino” de André van Lysebeth y “El cáliz y la espada” de Rianne Eisler. También los trabajos arqueológicos de María Gimbutas de los que sólo se que existen.

³⁹ Se encuentra una descripción semejante en la estructura madre-hermano de la madre-hijo en la que el padre biológico ocupa un lugar accesorio, según describe Claude Lévi-Strauss en “Las estructuras elementales del parentesco”.

⁴⁰ La posibilidad de que los amigos del marido posean a la mujer está descrita en el Kama Sutra, que parece reflejar en una sociedad más avanzada, esta pauta cultural más antigua, propia de los arios vencedores en India.

⁴¹ En realidad fue la Madre Santa la que quedó. Obviamente, la mención de la Santa Madre es deliberada porque así como la Virgen (representación de la Madre Santa) ocupó el lugar central en el imaginario colectivo, la Santa Madre Iglesia ocupó el lugar central en el paisaje externo.

dustrial. El progreso cultural desplazó el cinturón de castidad y lo instituyó a nivel imaginario. El amor ideal y la pareja vinieron a servir a la necesidad de mantener “tranquila” la sexualidad femenina. La imagen de la Madre Santa implicaba la desexualización. Una madre no puede tener otro deseo que parir y criar. No podía permitirse el placer sexual. No sólo no tenía derecho al orgasmo sino que su cuerpo incorporaría un dueño anónimo: la sociedad expropiaba su vientre anulando el aparato genital mediante la prohibición del aborto.

Mientras, los varones conservamos la libertad sexual. Pero, en definitiva, en ambos casos significó la anulación del orgasmo: las mujeres porque no podían sentir placer y nosotros, porque no podemos expresar sentimientos, con lo que quedamos condenados a la limitación del placer que significa la eyaculación sin orgasmo en una práctica sexual motriz, como si de una competencia olímpica se tratara. Mientras ellas pueden emocionarse, nosotros podemos copular.

De modo que la actividad sexual se trasladó de la espontaneidad (que se supone había) a lo imaginario. El sexo se convirtió en una transacción de imágenes: el uno compra sexo y capacidad reproductiva (una foto real y otra posible) y la otra, seguridad “para su maternidad” (que equivalía a una pensión vitalicia). Lo que los une es la foto de la familia, que suele ser el adhesivo que sostiene los matrimonios más allá de la extinción de la pasión.

La capacidad de pedernal que cada uno trae en el equipo corporal para el encendido del fuego interno, se pierde más temprano que tarde, por lo general con la transformación de la mujer en madre: el deseo de criar desplaza el que surge de su necesidad sexual, que en casos queda como una sensación vaga y difusa que sirve de motor para la fundación de la familia (¿la mayoría?). Los hijos operan como vehículo concreto para la sublimación del deseo. Pero parece que en estos tiempos la maternidad despierta a la mujer una vez que la madre es estabiliza⁴².

Al crecer la panza de su mujer, el tenue y misterioso estado que secreta las feromonas se desvanece y el varón ve desaparecer su objeto de deseo. Pero su deseo permanece vivo. Porque el varón no parece buscar en la pareja sólo el placer sino que –esto es una alegoría muy burda pero útil– trata de recuperar el seno materno, en el que desesperadamente “intenta reingresar” y por lo menos, el alivio eyaculatorio le produce ese estado. Está claro que ese “seno” materno es imaginario y lo uso para alegorizar la sensación de unidad con mi madre, de pertenencia a algo que me envuelve, da calidez y protege.

La arremetida genital alimenta el placer de ambos pero cuando ese vientre expulsa el resultado, paradójicamente el varón se consagra como tal (reproductor) al tiempo que se frustra afectivamente porque ve cómo el amor de su objeto de deseo se desplaza a su prole. Y si en su pareja se apaga la pasión, quedan sembradas las condiciones de la violencia de género. Cuando una mujer “cierra las piernas”, el frustrado siente que se le niega mucho más que el placer sexual. Así, los varones nos convertimos en bombas de tiempo.

El poder anónimo que dispuso así del orgasmo colectivo, encerrándolo en el matrimonio⁴³, con eso pudo dominar las pasiones individuales convirtiendo la pareja en un campo de batalla y, por tanto, controlar las tensiones que pudieran resultar en rebelión social. Este estado, cuando menos, latente, del conflicto de pareja, al garantizar el mantenimiento de la conflictividad en las relaciones, consolidó un polo de conflicto interpersonal que distrae a sus protagonistas del drama social.

La debilidad y la fortaleza

Los varones somos fuertes y las mujeres, débiles. Estos estereotipos permitieron someter a ambos géneros.

Si bien hay una base de contextura biológica que establece una diferencia clara entre los dos, la *imagen social* permite alterar los valores que surgen de una lectura de la realidad: debilita la imagen de quienes cargan con la mayor parte del trabajo social mientras jerarquiza la posición de los dotados por la biología

⁴² quede claro que las afirmaciones que hago en este tema ni remotamente pretenden ser “científicas”. Sólo son figuras gruesas, como pinceladas de brocha gorda para brindar algo a la percepción. La reflexión social nunca puede hacerse sobre la realidad que transcurre, por eso mismo: se mueve. En este nivel de fenómeno sólo se puede estudiar una representación del mismo.

⁴³ Vale recordar el F.U.C.K. medieval: (*fornicating under consent of the king*).

pero no cargan con el trabajo doméstico. La fuerza psicológica radica en las mujeres, que estabilizan su entorno brindando afecto a todos y asegurando el placer al varón “dominante”, en realidad, dominado por otros varones.

Pero el punto está en aquello donde radica la fuerza individual, lo que da el sentimiento de fortaleza, la seguridad de sí. Así, la potencia afectiva de la madre se alimenta de la imagen social adjudicada, del lugar central que se le otorga en la sociedad, pero se la vacía existencialmente al vaciar de contenido su experiencia personal con la privación del placer sexual, que es fuente y sostén de la misma vida ya que produce espontáneamente las sensaciones más íntimas y profundas de cada ser humano. Así como la sensación individual de seguridad por el futuro radica en la disposición de los recursos necesarios, la certeza de obtener placer sexual confiere seguridad en sí mismo. Es un “insumo” existencial de primera necesidad que ha sido disimulado como tal y sustituido por otros alicientes imaginarios. Privar a los individuos de la posibilidad de desarrollar esa experiencia es someterlos a la incertidumbre y obligarlos a buscar seguridad en otras experiencias que nunca pueden proveerla: las habilidades laborales, intelectuales, deportivas, sociales. Todas dependen de las imágenes que los demás tienen del individuo, de su valoración externa.

No por nada el sexo fue asociado con el demonio: es que crea conciencia. De ahí que sea enemigo declarado de toda jerarquía que pretenda tener el dominio de la sociedad.

La única actividad que pone en juego la experiencia integral del individuo en toda su desnudez (no sólo física) es la sexual. Y en su resultado se juega la certeza de sí porque la sensación de presencia, de consistencia del propio ser, depende de las condiciones y la intensidad en el logro de esa experiencia. A la sensación de fusión con el otro que puede producir la plenitud orgásmica le sigue como consecuencia la individuación, la sensación de ser uno frente al otro. Aún sin plenitud orgásmica *la actividad sexual es individualante*, puede generar una sensación de poder que enmascara representativamente su alternativa: el residuo de soledad y aislamiento que sobreviene a la frustración de la plenitud orgásmica. El orgasmo confirma la propia existencia y la dosis de endorfinas la endulza.

De modo que privar del placer a las mujeres es la manera más práctica de someterlas, al tiempo que se les pone un dueño que dispone de su cuerpo para su propio placer. Los varones no la llevamos mejor: la falta de expresión de los sentimientos a que se nos condiciona, implica la inhibición de la expresión del mismo orgasmo. Con lo que también tenemos socavada la vivencia de la propia consistencia de ser.

Sin contar con que la condena a la frustración que implica la imposición de la vida en pareja, más bien, de la fidelidad, introduce un horizonte de decepción respecto del mismo futuro. Porque aunque se espere otra cosa ¿porqué no le va a pasar a uno lo que les ha pasado a tantos?

El proceso de liberación sexual de las últimas décadas no logró levantar la lápida más pesada que carga la sexualidad ya que no ha dejado de ser pecaminosa. Los varones siguen correteando (tengo que excluirme por lo ya expuesto) y las mujeres han comenzado a hacerlo, pero siguen cargando con el estigma social: la libertad de buscar su placer y, por tanto, variar de pareja sexual, implica una descalificación.

El modelo impone que el sexo se ejerce por amor, por tanto, hay que reservarlo hasta que aparezca quien reúna las condiciones para ser amado. De modo que esa fuerza que está agitando a cada uno internamente hay que sublimarla y canalizarla en otras actividades. Y si eso no sucede, siendo mujer, ya se sabe, es una “puta”. Y si es varón, un “putaño”.

Por supuesto, en los sectores que manejan los rótulos sociales, la franja dominante que estigmatiza a las otras franjas societarias, esto no sucede. Allí se respiran otros aires aunque el discurso sea el mismo. La licencia sexual impera aunque el discurso sea contrario. Se mira para otro lado y de eso, no se habla. No es de buen gusto. Y la clase baja, condenada al analfabetismo cultural, permanece en estado arcaico. Los valores oficiales sólo rigen en la televisión.

El desperdicio orgásmico

Como sea, el aprendizaje del arte sexual queda librado a la iniciativa de cada uno por lo que, mayoritariamente, la potencia creativa del sexo, la potencia existencial en cuanto aporta consistencia al ser, queda inhibida y, con el tiempo, anulada. La gran mayoría de la población envejece y muere sin conocer la plenitud del orgasmo.

Es que la variación de pareja conlleva simultáneamente: por un lado, la certeza de sí que aporta la experiencia provocando una mayor libertad y autonomía; por el otro, la estigmatización por incumplir el modelo. La actividad individuante tiene un cerco eléctrico mental. Quien la ejerce se sabe fulminado por la mirada social. De hecho, la licencia sexual se alcanza con el éxito (o sea, el dinero). Los escándalos de “los famosos” son el mejor ejemplo.

Tanto para los individuos de uno y otro género que buscan consolidar su experiencia y su libertad, el desarrollo deliberado de la sexualidad se traduce en una rebelión sorda contra la estructura imaginaria del sistema.

Las corrientes de liberación han embestido, en términos generales, contra la forma monogámica de la pareja. Pero no han ahondado en el aspecto psicológico porque el mismo imaginario, por su naturaleza transparente, no fue advertido como elemento diferenciado⁴⁴. La posesión se despliega en el espacio imaginario y desde allí ejerce su soberanía sobre el mundo. Y la más íntima de las posesiones es la del otro que uno imagina como uno, su par, su compañero para la eternidad, el alma gemela o la otra mitad, modelos imaginarios que alcanzaron ese estatuto con la novela romántica y se han visto jerarquizadas por la corriente New Age que las sacó de los arcones ocultistas. Todas son figuras que se despliegan en el ámbito imaginario y sirven de base al resto del imaginario social.

Por naturaleza, el espacio imaginario⁴⁵ carece de límites, dada la plasticidad de las imágenes y su capacidad de transformación. Y la posesión, es imaginaria.

El sexo: química y sentido

¿Es esto una renovación de la proclama de liberación sexual de los 70? ¡Oh, no! Por cierto que no. No hay recetas externas para los temas humanos que sólo dependen de la dirección y el sentido de nuestras acciones.

Lo primero que tengo que señalar es que el mensaje de Silo es una bomba de tiempo colocada subrepticiamente en el núcleo que anuda las relaciones en este sistema social que agita todavía las banderas del machismo y el feminismo, olvidando lo humano que alienta en cada uno. *Y lo humano es, por esencia, libertad.*

Cada uno es dueño de elegir su modo de vida. Y parecería que la pareja es el modo estadísticamente preferido. Incluso en los iconos de la cultura de la Diosa Madre, que en algunos aparece como en pareja con su hijo.

Es seguro que los seres humanos crecen mejor en un ambiente estable, pero quizás el que proveen dos que se esclavizan recíprocamente no sea el más sano. Y poco sabemos de las experiencias tribales prehistóricas.

En todo caso, como notas que rescato, apuntaría que no hay recetas conductuales, cosas para hacer, porque el sexo ocasional puede volverse tan rutinario como el de pareja.

El sexo depende de la más pura expresión de sentido, *es* sentido, es sensación, es exacerbación y explosión sensorial. Se enciende en la diferencia. No en la biológica, claro está, sino en la de las biografías que se encuentran. Alimentar esa diferencia, renovarla, creo que es una actitud adecuada si se eligió la pareja. Pero no me parece adecuado negar la chispa que salta fuera del ámbito cotidiano. Si una biografía viene a

⁴⁴ Lo imaginario comienza a irrumpir en el panorama intelectual de la mano de Cornelius Castoriadis, cuyos ensayos publicados durante la década del 60 en “Socialismo y Barbarie”, se condensaron en su “*La institución imaginaria de la sociedad*”, aportando las ideas distintivas del Mayo francés.

⁴⁵ Aclaro que el espacio imaginario no es el espacio de representación. Guardan la misma relación que imagen y representación. Mientras el espacio de representación como imagen-soporte tiene límite, el espacio que proponen las figuras representadas y sus argumentos proponen la existencia del infinito. Ambos espacios coinciden en lo concreto: mientras el espacio de representación es el espacio individual donde los argumentos imaginarios se despliegan; el imaginario es un espacio que accede a los modelos y argumentos colectivos que habitan el imaginario social sin que pueda adjudicarse un lugar concreto como “habitat” de los mismos. Así, los modelos sociales habitan el imaginario colectivo pero se actualizan en los imaginarios individuales. En un cierto grado de imaginación podría decirse que los argumentos se desarrollan en un espacio colectivo que se reproduce en el imaginario individual.

mi encuentro, si me enciende, es porque algo tiene para mí. Algo quiere darme y algo debo tener para darle.

El ardor y los modos de alimentarlo –eso que llamarían la habilidad para el sexo- no son más que los modos del encuentro de dos entes⁴⁶ que son más acá de la copresencia imaginaria que los guía en el mundo en su búsqueda de alcanzar mayor plenitud vital.

Habitualmente el sexo se presenta como necesidad y en muchos casos imperiosa, por su falta de satisfacción, de plenitud orgásmica. Esto hace que el objeto genérico que puede saciar el apetito (la/el otra/o), valga más como imagen-sensación de lo que quiero conseguir –mi satisfacción- con independencia de lo que pueda llegar a vivir en el encuentro más allá de lo propiamente sexual, de lo corporal. La necesidad de alcanzar el alivio mediante la descarga sexual disimula el “arcoiris multicolor”⁴⁷ que somos cada uno de los que vivimos el encuentro, focalizando las intenciones en el cuerpo como objeto de deseo. Es mi carga, mi deseo, lo que prima sobre lo que pueda sentir de la otra, que comparte conmigo ese instante. Es la imagen lo que me incita y pierdo de vista lo que ella siente o trasunta que siente. Entonces, buscando mi explotar, exprimo mi cuerpo y el otro, y en ese circuito pierdo al sujeto que los habita, tanto en el otro cuerpo como en el mío. Me pierdo a mí mismo en la búsqueda de placer y cuando lo alcanzo, me toma por un instante y me deja. Pero estoy yo ahí, antes y después, dueño de la búsqueda y luego, de la satisfacción.

En cambio, si afinó la percepción y controlo mi ansiedad, puedo percibir las señales tenues del deseo que me envuelve, que me toma por objeto. Es la percepción de ese deseo, es montarme en ese tenue hilo conductor lo que irá guiando en el aumento constante de la intensidad de las sensaciones, lo que me irá guiando en la exploración de ese cuerpo, aumentando la temperatura hasta lograr el disparo de los movimientos involuntarios que me llevan más allá de lo conocido, ampliando mi horizonte de experiencia.

Es la tenue sensación del deseo de la otra lo que incentiva el mío. Es la percepción de esa manifestación de lo humano que tengo enfrente lo que enciende e intensifica lo humano en mí.

Cuando el foco está puesto en el cuerpo de la otra como objeto, mi deseo quiere tomarlo. Cuando lo que enfoco y deo que me actúe es el deseo de la otra, entonces me deo tomar, o sea, doy. Así que “tengo para dar” es una actitud radicalmente distinta al “buscar para tomar” aquello que sacía mi apetito.

Si hay diferencias encendidas⁴⁸, el sexo no necesita otra justificación, se orienta y concluye en su acto. Y es dentro de este marco, entiendo yo, que es santo. Porque en la búsqueda de un nuevo objeto está la presencia de una imagen previa que más anuncia la manipulación, la cosificación del otro y no *la oferta de mí como objeto* que es lo que *me plenifica como sujeto*. Si lo que quiero es tomar un objeto, privilegio mi posición de sujeto, pongo mi intención por sobre la del otro. No doy, sino que tomo. Entonces, manipulo. Y me manipulo, limitando mi experiencia. Ofrecerme como objeto abre mi experiencia como sujeto, porque me pone a expensas de la percepción, dejando de lado mis representaciones. De algún modo, *suelto*.

Quizás se encuentre la respuesta a algún misterio en el poder seguir el hilo de la diferencia, embarcarse en la aventura que propone el encendido espontáneo.

Descreo de las recetas conductuales. La solución a los laberintos en que me ví encerrado la encontré siempre en el hilo conductor del sentido. *El sentido*, lo sentido, esa sensación que me anima *es la señal de la vida que alienta en mí*. Sentir ha sido la señal que indicó la salida, siempre. Pero no pocas veces tuve que pensar para poder desenterrar el sentir de la madeja imaginaria.

De modo que en este asunto más que basal, porque es lo propio de la sexualidad, la clave es lo que se siente. Porque es la sensación lo que me puede guiar en un proceso elementalmente corporal que implica más que el cuerpo, lo que me da la pauta de las intensidades, de los caminos a seguir, la intuición de lo porvenir.

Donde hay “química”, hay sentido. Seguir ese rastro resulta interesante porque aunque parezca que guía a

⁴⁶ Se podría pensar que el término es demodé o inapropiado, sin embargo *ens* como participio presente del verbo *essere*, si bien lo traducen como “ser”, tiene más el sentido de “siendo”. El ser no es en la realidad sino bajo la forma del *siendo*. Transcurre en un momento concreto, determinado por el instante y su circunstancia, es el *Da Sein* (ser ahí) heideggeriano.

⁴⁷ Es la expresión que usa Silo para referirse al otro en “Acerca de lo humano”, en *Habla Silo*.

⁴⁸ Retomo la idea de polarización de la tensión sexual, que se basa en las diferencias de género, que no son sólo físicas. Si no hay diferencia, no hay tensión. Es lo que sucede cuando la rutina de la convivencia uniforme los dos entes, funde las dos biografías en una. Por supuesto, esto no quiere decir que el sexo muera. Cada uno es un mundo y sabe cómo lo maneja.

lo desconocido, por lo contrario, me hace recalar en algún tema pendiente, que había olvidado u obviado. Así, lo que parece un llamado de afuera no es otra cosa que un llamado interno que se aviva por la presencia externa y eso justifica la aventura que se presenta bajo la apariencia de lo placentero. Es un umbral que me lleva a profundizar mi autoconocimiento siempre que espere de mí la respuesta y ofrezca la misma oportunidad a la recíproca.

Porque yo estoy antes y después de la desilusión y el fracaso. Yo estoy antes de la diferencia porque soy la diferencia, y conciente de ello puedo acentuarla para reavivar la llama del deseo. El pedernal es mío y es interno. Es la hojarasca imaginaria, que yo puedo regular de algún modo, lo que lo humedece y desactiva.

En otras palabras, la plenitud de mi orgasmo puede ser estimulada y facilitada por los atributos de mi pareja pero principalmente dependen de mi actitud, de mi despeje interno para recibirla, para entregarme a la diferencia y vivir el incendio que provoca en mí. Y alimentarlo al máximo porque la riqueza del sexo radica en el exceso. El fuego es fuego. No existe un poco de fuego. Como el embarazo, es un cambio de estado. Pero la llama depende del sople. Y puedo soplar hasta desaparecer en la llama. Recién ahí empieza lo interesante.

Claro está que tiene que estar mi deseo como motor, y encontrarse con el deseo de la otra. Si no, no hay negocio.

La diferencia lo es porque destaca a la otra frente a mí. La hace *otra*. Por circunstancia, distinta que yo. Diría además, por esencia, porque la diferencia de circunstancias se desdibuja cuando desaparece la novedad, cuando lo distinto queda incorporado a mi experiencia y se homologa en mi memoria, mezclada con mis recuerdos hasta que en el reconocimiento desaparece como diferencia. Pero ésa que es ahí, en ese cuerpo es más distinta aún que su cuerpo. Permanece inasequible siempre porque no puedo acceder a ella con la percepción externa. Se puede pensar que es más fácil incorporarla como representación y al tiempo queda desdibujada dentro de mi experiencia, tal como ocurre con el cuerpo. Y sí, es así.

Mientras la posea.

El bloqueo posesivo

La otra que poseo no es su cuerpo, ni siquiera es “ella” porque lo otro, lo que es distinto de mí, lo que está fuera de mi cuerpo, cambia. Y la que poseo es siempre la misma, siempre igual a sí misma, aún cuando en su devenir varíe y se modifique.

La otra que poseo habita mi copresencia y es, básicamente, una expectativa.

Si la poseo es porque la tengo. Pero yo –como ella- estoy en movimiento, en constante cambio ¿cómo puedo “tenerla”?

Ella “pertenece” al mundo porque su cuerpo está afuera de mi cuerpo, porque su sonrisa está afuera, porque sus gestos los veo afuera. Pero sus gestos no son, muchas veces, “los gestos de ella”. Sin embargo, esos gestos los veo afuera, en ese cuerpo que es de ella o que es ella en mi percepción. Pero siento que no son de ella. Esos gestos que siento que no “le pertenecen” contrastan –obviamente- con los que sí le pertenecen. Esas acciones que ella no podría realizar contrastan con las que sí realiza, Sin embargo, lo que no le pertenece se da en ese cuerpo que reconozco como el mismo de ella. Esa dinámica corporal la reconozco por el tono, como “de ella”.

Pero en este ahora que somos, ella “no es”. Claro, no es “ella”, la que habita en mí. Si ahora no es ella, significa que hubo una ella que fue, y que podría volver a ser. No es ahora, pero es posible que vuelva a ser, porque fue. Mi recuerdo lo corrobora, lo verifica, lo hace verdad, porque fue real. Entonces, puede volver a ser real.

Si fue y ahora no es, si espero que vuelva a ser como fue y ahora no es, estoy contrastando lo presente con lo pasado y proyectando a éste como lo futuro. “La que es”, no es en mi percepción sino en mi imaginario alimentado por el recuerdo, en mi copresencia. Esa que sentí y siento todavía, como “mía”, no es la que veo, sino la que vivo como posible porque fue, porque “está” en mi memoria.

De modo que la que “poseo”, no es. Es un recuerdo y una posibilidad. La que poseo, la poseo en el modo de la posibilidad de que se repita “la que es” que, en realidad, es la que fue.

Fácil sería concluir que la que poseo no es otra cosa que una imagen, un recuerdo posible como realidad, que es una expectativa con carga de real posibilidad. Pero es eso, una imagen, no una realidad.

Es una imagen que “pertenece” al afuera, al mundo, aunque “viva” adentro.

Esa interdimensionalidad que tiene me hace dudar: ¿cómo puede estar afuera si está adentro?

Si está adentro ella no es de ella. Será ella, pero la ella que es para mí. Si es un recuerdo, si es expectativa, no es de ella sino de mí. Y si es de mí porque habita mi fuero interno ¿acaso puede haber dentro mío alguna cosa que no sea mía, de mí, yo?

La representación, lo que de afuera hay en esa imagen puede no ser mío, pero la imagen, su sustancia, lo que sustenta lo representado es mío, soy yo.

De modo que nada hay que pueda poseer. La misma posesión en un alienarme, un hacerme extraño, siendo que soy yo *lo* que posee.

Así que eso que veo distinto de mí, como afuera de mí, ésa que quiero que me quiera, no es más que yo en mi posibilidad de querer... a mí. Aunque esté “disfrazado”, vestido de otra.

Lo que siento que es mío es eso que siento, porque reconozco que mi sentimiento por ella es mío. Pero a ella no la reconozco como yo pero la vivo como mía, lo que, como se ha visto, es yo. Lo que siento “mío” es porque es mío, de mí, de yo que, en definitiva, *soy* yo. Considerando que eso que lo sustenta no es otra cosa que yo.

De ahí la fuerza del enamoramiento con la ilusión (la promesa) de que es “mi otra mitad”, que la fusión con ella me va a “completar”. Claro, porque alucino que ella es distinta y ajena a mí, cuando el hecho – como acabo de analizar- es que no es ella, distinta de mí, sino yo, que la constituyo en mí pero ahí afuera. Es el eterno conflicto, la eterna contradicción o disociación (porque puede no haber contradicción) entre lo que percibo y lo que represento.

Que son dos aspectos de mí.

De modo que la posesión se alimenta de la ilusión de lo distinto, de la ilusión de separatidad, de que el mundo y yo somos cosas distintas.

Ahí es donde se hace relevante la conexión.

El sexo es conexión

Esto es una perogrullada, obvio. Cualquiera que mire desde afuera a una pareja que, por lo menos, se besa, puede afirmarlo. Está claro que hay conexión pero el sexo es algo más: es comunicación.

Vamos por lo manifiesto. Para ejercer el acto sexual hay que conectar los cuerpos. Así que sí, el sexo es conexión.

Si miramos el asunto desde un punto de vista externo, que es lo usual, esa conexión es externa, corporal. La excitación mueve a buscar un objeto para poder descargarse. Y el sujeto busca un objeto apto para su propósito. Este punto de vista funcional (para no decir utilitario) es el que prima casi universalmente. No es que no haya otra cosa además, es que esa otra cosa queda tapada por la excitación, que trae aparejada una conducta precisa para poder descargarse. Esa conducta está pautada normalmente, tiene una serie de pasos y maniobras a cumplirse para poder lograr su objetivo. Y como lo que prima es la descarga que presiona con su necesidad, el objetivo orienta descartando lo que no parezca funcional o dilate el resultado buscado.

El aroma de las feromonas pasa desapercibido tras la movilización sensual que produce su impacto. El brillo de la mirada, la erotización de los gestos, que son los cambios que he notado en las mujeres, pasan desapercibidos y sólo se ve el objeto sexual apto para la descarga.

No hay conexión en los hechos. Lo que hay es un despliegue funcional de conductas apropiadas.

El mito del apuro por descargar es eso, un mito. Toda concentración de carga puede ser difundida otra vez. Es más, la difusión-concentración-difusión provoca una demora que opera intensificando la concentración y pleniificando el compromiso corporal, asegurando la plenitud orgásmica.

Para lograrlo es necesario demorarse, dejar de lado el proceso interno de las representaciones que guían el procedimiento para la descarga y *percibir*, sentir a mi compañera, atender a sus sensaciones, abrirme a su aroma y la textura de su piel compromete la mía. Atender suavemente al estímulo que soy y dejarme es-

timular, es una danza que aumenta el deseo y me eleva a un nivel de interacción que trasciende los cuerpos.

Si busco sólo el resultado, cosifico. Si me dejo tomar por el proceso, es otra cosa, más cálida, más gaseosa, y mucho más ardiente en el resultado.

La fuerza de las sensaciones me somete y desplaza mi voluntad, me hace rendirme a ellas. Y al llegar al orgasmo puedo alcanzar un interesante nivel de suspensión de mí mismo. Claro que no es mecánico y no hay fórmulas procedimentales para lograrlo. Pero la condición es renunciar a hacer y dejar que el proceso me haga.

Lo contrario es “lo experto”, tocar los botones adecuados para llegar al resultado. Bloqueo a la otra, no la percibo; me encierro a mí mismo en la búsqueda del placer y su resultado; y aquí me quedo. Por supuesto, no hay posibilidad de una conexión con otra cosa.

No es el sexo el que se orienta y concluye en su acto sino que soy yo y mi deseo lo que provoca la conclusión del acto. Y como es rico, quiero repetirlo. En esa situación un nuevo objeto resulta más prometededor, siempre.

Cuando me abro con el sexo, más bien, cuando mi sexo se abre a la otra y me dejo caer en el juego sutil de ser objeto para ella y complementar su estimulación con la mía, ya estoy corriéndome y generando una dinámica que me supera y contiene, llevándome a otro plano de sensibilidad.

En esa apertura me siento sintiendo, sintiéndola y sintiéndome en un sintiéndonos que nos abarca. Y ese ser abarcado me permite soltar y soltarme, abriéndome a la Conexión.

Acaba⁴⁹, Dios te ama

Por todos lados las religiones nos han dicho que Dios es Amor. Que es un Padre amoroso que nos ama no importa las macanas que hagamos. Cierto es que es el mensaje cristiano, que inunda mi ámbito cultural.

Está claro que es un sutil mensaje de dominación, así que no vale ocuparse de él como tal.

Pero sí vale dejar sentado que mi fracaso del proyecto de pareja se renueva una y otra vez por la desesperada búsqueda de que sea una mujer (reitero mi observación inicial: cada uno sabe) la que llene mi necesidad de afecto. A esta altura del partido me freno y pregunto ¿es ésto racional? Si nunca encontré una mujer que lo hiciera ¿porqué habría de existir?

¿No será que como en el sexo, depende de mí? ¿No será que mi apetito de ser querido sólo puede ser saciado cuando quiera de manera superlativa? O sea, hipotéticamente, cuando ame, cuando mi sentimiento se desarrolle a tal punto que no tenga retorno y en el encuentro con el sexo (¿o conmigo mismo?), arda en el pecho.

Que arda en el pecho, eso sí lo conozco. Entonces ¿será que mi búsqueda está mal orientada? y no es una mujer lo que tengo que buscar afuera, sino más bien adentro, donde está lo que busca.

Quizás entonces, sí, ese dios que anida en mi profundidad se manifieste como amor, y no me cabe duda que el desarrollo de mi capacidad orgásmica acelera ese cambio de estado.

Pero eso no será posible sin que ejerza la soberanía sobre mi estado interno y en particular, sobre mi orgasmo. Curiosa soberanía que impone dejarse dominar en lugar de adueñarse. Mientras el mundo me haga depender de él para el logro de mis estados internos, difícilmente podré despegar de la tiranía de lo imaginario.

Y lo imaginario, así sea la imagen del mismo Dios, vela lo sagrado... que está acá nomás.

Parque La Reja, noviembre 11-12, Buenos Aires noviembre 13 de 2017-marzo 2 de 2018

⁴⁹ En este rincón del mundo, lograr el clímax de la relación sexual (que no necesariamente es el orgasmo) es “acabar”. En otros lares, dicen que se dice “correrse”, “venirse”, en fin, cada uno sabrá en el caso de que el texto trascienda mis fronteras.